



Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Escuela de Psicología
Programa de Magíster en Psicología Clínica de Adultos

**Psicoterapia Sistémica Relacional Hermenéutica:
Hacia una reflexión de la relación y la constitución subjetiva en
la Terceridad Sistémica.**

Tesis para optar al Grado Académico de Magíster en Psicología Clínica de Adultos.

**Autora: Valentina Gerstle Echeguía.
Profesora Guía: Carolina Besoain Arrau.
Profesor Patrocinante: Felipe Gálvez Sánchez.**

Santiago, Marzo, 2014

A Sito

Agradecimientos

A Pedro por escucharme y bancarme en mis ideas, reflexiones e insistencias. Le agradezco inmensamente su escucha, nuestro diálogo, su confianza, admiración y creencia en mis proyectos.

A mi papá, a mi mamá, a Juan Martín, Juan Pedro y Lía. Les agradezco su apoyo en todo el camino recorrido. El sostén de ellos ha posibilitado mi esfuerzo constante y mis ganas de seguir aprendiendo, descubriendo y creando.

A Carolina Besoain por enseñarme, compartir sus conocimientos e ideas, por viajar juntas en nuestras intuiciones, por aceptar la oportunidad de colaborar y crear juntas esta tesis.

A Claudio Zamorano por su enseñanza, paciencia y confianza; A Hypothesis porque me han posibilitado crecer, aprender junto a ellos. Gracias a cada uno de ellos por esta historia.

A Marcelo Pakman por la conversación, por los momentos poéticos, por su presencia.

Índice

Capítulo I. Introducción a la Psicoterapia Sistémica Relacional

Cambios ontológicos y epistemológicos.....	7
Influencia de la crítica a la modernidad en la psicología y en la consideración de sujeto.....	8
Genealogía del movimiento clínico sistémico.....	12
El retorno de lo individual en la sistémica	14
Nueva propuesta: El movimiento hacia una Psicoterapia Sistémica Relacional Hermenéutica	16

Capítulo II. La alteridad en la constitución subjetiva..... 23

Ser EN el lenguaje.....	24
Discurso y Constitución Subjetiva.....	27
Polifonía y Heteroglosia en lo tercero.....	32
La alteridad en la constitución subjetiva según Paul Ricoeur.....	33

Capítulo III. Terceridad..... 36

Hermenéutica.....	38
Terceridad.....	42
Influencia de la terceridad en la psicoterapia sistémica relacional.....	49
Proceso de creación.....	49

Capítulo IV. Consideraciones en la sistémica relacional hermenéutica.....	54
Tensión con la sistémica.....	56
Tensión con Bertrando.....	59
Tensión con Rober.....	64
Tensión con Pakman.....	69
V. Conclusiones y sugerencias para una Psicoterapia Sistémica Relacional Hermenéutica.....	78
Sugerencias actitudinales, atencionales y técnicas.....	82
VI. Referencias Bibliográficas.....	89

NADA DOS VECES

*Nada sucede dos veces
ni va a suceder, por eso
sin experiencia nacemos,
sin rutina moriremos.*

*En esta escuela del mundo
ni siendo malos alumnos
repetiremos un año,
un invierno, un verano.*

*No es el mismo ningún día,
no hay dos noches parecidas,
igual mirada en los ojos,
dos besos que se repitan.*

*Ayer mientras que tu nombre
en voz alta pronunciaban,
sentí como si una rosa
cayera por la ventana.*

*Dime por qué, mala hora,
con miedo inútil te mezclas.
Eres y por eso pasas.
Pasas, por eso eres bella.*

*Medio abrazados, sonrientes,
buscaremos la cordura,
aún siendo tan diferentes
cual dos gotas de agua pura.*

Wisława Szymborska (1923-2012)

I. Introducción a la Psicoterapia Sistémica Relacional

Cambios ontológicos y epistemológicos

Durante las cuatro últimas décadas, la crítica a la modernidad ha tenido un gran impacto en las disciplinas sociales, específicamente en la psicología y en la psicoterapia. Una forma útil de entenderlo es en su contraste epistemológico con la modernidad, pues ésta fue la visión de mundo predominante en Occidente hasta mediados del siglo XX. Ésta se basó en una epistemología positivista que suponía la existencia de una realidad separada del observador y susceptible de ser conocida de manera objetiva. Inspirándose en estas ideas, la psicología tradicional se enfocó en el estudio de los fenómenos intrapsíquicos desde una concepción cartesiana que consideraba al individuo como objeto poseedor de significados no lingüísticos, autocentrado, estable, universal, y desligado de su cuerpo, de su historia y de su contexto (Cornejo, 2006; Rorty, 1991).

A partir de esta crítica, en los últimos años se han comenzado a problematizar los límites entre lo individual y social, desafiando entonces el clásico objeto de estudio. De esta manera, si bien se podría plantear que la psicología sistémica desafió la crítica respecto de lo “interno” y “privado” del sujeto al desarrollar nociones que permitían considerarlo como sujeto social y ontológicamente siendo *en* la relación con otros; lo que se presentará en la presente tesis tiene que ver con una propuesta que dé una tercera vuelta en la sistémica al encaminarse hacia la reconsideración de lo intrasubjetivo. Como se desarrollará con mayor profundidad en el presente capítulo, el recorrido historiográfico de la sistémica nos mostrará el camino que ésta ha transitado. Sin embargo, consideramos importante reconocer desde ya el gran vuelco que posibilitó en los últimos años, el giro lingüístico y con él, el ingreso de la metáfora narrativa, pues con ello, el campo de la sistémica se abrió al lenguaje de un modo distinto. Con este impulso, se generó un segundo giro –el segundo orden- y la entrada de la narrativa como un nuevo enfoque que permitía explicar históricamente al individuo y sus familias. En los últimos diez años, creemos que se ha ido erigiendo un tercer giro que, de la mano del lenguaje y sin soltar lo relevantes que son las relaciones familiares –externas-, ha intentado responder a lo que siempre quedó fuera de la discusión sistémica: la dimensión –interna, intra- del individuo.

En la presente tesis teórica, los desarrollos hermenéuticos de Paul Ricoeur (2008) nos ayudarán a acercarnos a la pregunta por esta doble dimensión del sujeto: lo inter y lo intra. El autor propone que la única manera de acceder a la experiencia humana es mediante la historia narrada de un sujeto en un espacio y tiempo situado. La identidad narrativa que él plantea responde a la pregunta por el agente de la acción, al *quién*. Nos dice que es en la experiencia donde aparece el ser del otro, en una trama narrativa que no es definitiva ni completa, sino que está siempre fisurada y abierta a la diferencia. Considerar que el individuo, por un lado, se constituye como no estructural, parejo ni acabado, sino que siempre *siendo* en el encuentro entre la continuidad y discontinuidad de su trama, y por otro lado, como un *ser social en el lenguaje con otros*, que es definido y reconocido en el encuentro con otros; nos lleva ineludiblemente a pensar en el lugar que tiene la *relación y la alteridad* en la constitución subjetiva.

Resulta interesante comenzar a situar y pensar desde estos planteamientos preliminares, el lugar de la relación en la psicoterapia sistémica relacional. Tal como plantea Flaskas, Mason & Perlesz (2005), la relación terapéutica ha sido la gran ausente del debate sistémico. Continuando en este camino, desarrollaremos -como una respuesta posible-, el lugar de lo tercero en la sistémica: en tanto relación que promueve lo terapéutico y en tanto alteridad que participa en la constitución subjetiva. La trama narrativa que crea la identidad, es un diálogo que se refiere a sí mismo, a otro y a un tercero. Un tercero que podríamos atrevernos a pensar como la relación que sostiene y posibilita el encuentro. Un encuentro que no es sólo entre el primero y segundo del diálogo, sino que es un encuentro con sí mismo también. Con estas pistas se extiende la invitación a recorrer el camino que nos ha permitido llegar al punto en el que estamos y a descubrir, avanzar y desarrollar nuevos aportes teóricos y prácticos para la psicoterapia sistémica relacional.

Influencia de la crítica a la modernidad en la psicología y en la consideración de sujeto

Tal como se señaló, la actitud inspirada por la crítica a la modernidad, aparece influenciada por la pérdida de legitimidad de los grandes relatos de la historia, de los enunciados de verdad y discursos científicos, dándole cuerpo y lugar a la sensación fragmentada del hombre y al

desencantamiento de la existencia (Lyotard, 1979). Desde aquí, el lenguaje recobra un lugar preponderante y es entendido, en palabras de Rorty (1991), no como algo representacional del mundo, sino como “acción” que construye realidades. El “giro lingüístico” propuesto por el autor inaugura nuevos significados y maneras de conocer, al dignificar el lenguaje corriente y convertirlo en el único posible, rebajando así el lenguaje formal al espacio del habla cotidiana. De esta manera, el lenguaje depende de la cooperación comunal de dos o más personas y adquiere significado a través de su uso en acción y al interior de formas organizadas de interacción o juegos de lenguaje (Wittgenstein, 1999).

A propósito de este giro, el estudio de la psicología se dividió desde sus inicios en dos grandes posiciones. Por un lado el método científico tradicional moderno, que cuida su método para preservar la cientificidad del conocimiento, y por otro, en oposición, la concepción hermenéutica comprensiva que le confiere relevancia a la historicidad de los fenómenos psíquicos, a su contextualización sociocultural y a la consideración de la dimensión de sentido/significado de todo acto psíquico (Cornejo, 2005, p. 191). Esta última posición ha tomado fuerza a propósito de la crítica a la modernidad y a la representación, generando nuevos desarrollos en ciencias sociales y psicología. Estos avances y la emergencia de una epistemología hermenéutica, enmarcan la manera de aproximarse a la investigación de la presente tesis, ya que la intención no es sólo que funcione como el piso sino también como un eventual producto que colabore con la comunidad científica a la que adscribimos.

Los enfoques terapéuticos tradicionales, en tanto hijos de la modernidad, derivan de fundamentos racionales del conocimiento que se desarrollan bajo la noción cartesiana de sujeto y se ubican típicamente dentro de una concepción empírica, donde sólo la observación directa comprueba que se sabe lo que se quiere saber. Esto permite entender el comportamiento normal y patológico verdadera y objetivamente, incluso pudiendo saber qué práctica es la más eficaz en el tratamiento de la anormalidad. Desde este punto de vista modernista-empírico, un buen terapeuta —así como un buen médico—, debe observar atentamente y no hacer juicios de valor. El foco de interés y atención queda supeditado a los estados mentales y a las soluciones farmacológicas, por lo que la meta terapéutica es la transformación de la mente individual fija. Así, la mayoría de las prácticas terapéuticas del s.XX aislaban al individuo para “curarlo”, ya que se pensaba que el malestar estaba radicado

en el interior del sujeto. La situación anterior permite considerar la propuesta de Cornejo (2007), quien plantea críticamente que estamos en tiempos de “anti-mentalismo”. Esto, al cuestionar la idea epistemológica de mente¹ considerada por las ciencias sociales y con la que particularmente ha trabajado la psicología, al proponer que hay dos tipos de anti-mentalismo rigiendo en la disciplina: el analítico y el histórico. El analítico critica la noción de mente como separada del mundo, del cuerpo y del lenguaje, así como la posibilidad de conocer a través de la observación un mundo externo que se despliega de modo independiente, que es reflejado y representado en la mente interna del sujeto. El anti-mentalismo historicista, orienta su crítica a las propiedades cognitivas y comunicativas de la mente individual, desde donde derivarían cualidades idiosincráticas, que serían previas e independientes de los procesos e influencias sociales. Esta crítica sostiene que la noción de mente, basada en la filosofía representacional, pone la capacidad intelectual y simbólica dentro de las habilidades creativas del individuo, lo que permite referirse a una mente a-social que no considera el afuera, la comunidad ni la cultura.

Las implicancias de estos desarrollos nos invitan a pensar con Cornejo (2007) que vivimos en tiempos de anti-mentalismo, y que la noción de “mente” –o de sujeto- se ha transformado crecientemente en un concepto suspicaz, líquido e inabarcable en su totalidad. Uno de los orígenes de este descrédito es la convicción –cada vez mayor- que no podemos plantear un agente epistémico autónomo como fuente de todo conocimiento (Cornejo, 2007, p.7). Sin embargo, es interesante rescatar que estas críticas no rechazan ni ponen en cuestión al sujeto en tanto fenómeno sino que en tanto artefacto individual, pues la epistemología racional y representacional dominante no ha podido resolverlo.

La crítica anterior nos invita a volver a pensar en la noción de mente y de sujeto. Si lo definimos inspirado en la tradición cartesiana del cogito, por una exacerbación de la racionalidad y por ser concebido el fundamento último de la realidad, podemos decir que la mente sería una entidad a-histórica y despojada de toda resonancia psicológica. Este argumento nos permite comprender la “crisis de la psicología” (Cornejo, 2005) ya que se cuestiona el status científico de la disciplina y la inadecuación de la metodología característica de las ciencias naturales al objeto de estudio de la psicología. De esta manera,

¹ Invitamos al lector a considerar el concepto de mente propuesto por Cornejo (2007), como lo interno del individuo, la subjetividad, el sujeto.

se divide en dos grandes posiciones: la concepción hermenéutica-comprensiva y la científicista. Una epistemología puramente racional y objetivable, responde a una concepción explicativa-científica (Dilthey, 1894), que supone la intención de asegurar la acumulación de conocimientos empíricos sólidos a través de la utilización de metodologías probadas en las exitosas ciencias naturales. Por el contrario, los psicólogos comprensivistas van por sobre todo a subrayar la importancia de no romper la unicidad de lo psíquico, lo que al parecer implica abandonar el método científico clásico (Cornejo, 2005, p. 196). La mayor consecuencia que tiene la visión científica en la psicología, es la creencia de que toda realidad es susceptible de ser analizada exhaustivamente como una ontología única, lo que a nivel ético y político no es admisible, ya que no todas las experiencias y comportamientos son posibles de predecir y controlar. Siguiendo esta línea crítica y tomando una posición ante esta bifurcación, creemos que una salida posible para la tensión entre continuidad y diferencia en la constitución subjetiva, es una epistemología hermenéutica-comprensiva, pues en ella habrá espacio para la consideración de la historia, la singularidad y la experiencia significativa de cada individuo.

Con los planteamientos anteriores, se vuelve interesante pensar en el recorrido de la psicología en tanto disciplina que trabaja y se intenta acercar a lo mental sostenido en una concepción de sujeto cartesiana/moderna, siendo ésta el objeto de estudio de la psicología desde sus inicios. Esta crítica y reconocimiento de la crisis de lo mental, ha amenazado el corazón mismo de la disciplina (Cornejo, 2007), obligando a re-pensar el concepto de sujeto y su modo de aproximarse y conocerla.

Los primeros terapeutas trabajaban desde una epistemología que se acercaba a su objeto de estudio- la mente unificada e individual- para comprobar empíricamente su funcionamiento. Famosos son los psicoanalistas (Freud (1856-1939), Charcot (1825-1893) y Josef Breuer (1842-1925), en Freud 1893-1899) quienes desde inicios del s. XX estudiaban la mente psíquica humana, el inconsciente, lo que había “adentro” con distintas técnicas. Como un gesto de diferencia respecto de esa herencia, nace la primera psicología sistémica conocida como de “primer orden” como una crítica al individualismo psicoanalítico intrapsíquico propuesto por los autores mencionados. Sin embargo, junto con los años, los movimientos sociales y la situación sociopolítica contextual, el lugar del

sujeto en la psicología sistémica ha transitado un movimiento interesante que a continuación se revisará como una manera de ir tomándole el pulso y de marcar los vaivenes que han posibilitado el desarrollo de una sistémica que sí ha considerado los efectos sociales y culturales en la constitución subjetiva.

Genealogía del movimiento clínico sistémico

Tradicionalmente, los modelos sistémicos han sido categorizados en dos grandes marcos: Enfoques de Primer Orden, influenciados por la Cibernética y la Teoría General de Sistemas, donde los sistemas son observados por terapeutas directivos que influyen el sistema familiar; y los Enfoques de Segundo Orden, influenciados por el giro epistemológico de los 80's, donde los sistemas observantes se involucran en lo observado y los terapeutas se preocupan del lenguaje y la narración de los consultantes. Sin embargo, se torna fundamental pensar los contextos en los que surgieron dichos modelos. Tal como lo señalan Bertrando & Toffanetti en la Historia de la Terapia Familiar (2004), los primeros modelos sistémicos se inscribieron en un período sociopolítico en el cual el contexto de pos guerra generó las condiciones para la diferencia metodológica en salud mental; en este sentido, las políticas públicas en EEUU demandaron la intervención con familias profundamente alteradas por los trastornos postraumáticos de la guerra. La sobrepoblación de pacientes institucionalizados, el escaso conocimiento sobre las etiologías de los trastornos psiquiátricos y las políticas públicas que demandaban la higiene mental familiar, produjeron un conflicto entre la necesidad socio política y los escasos desarrollos clínicos orientados a las familias, dando cuenta de la hegemonía de la explicación individualista en salud mental llevada a cabo por las prácticas psicoanalíticas. En contraposición a estas referencias teóricas e intentando ampliar el campo de intervención, el pensamiento sistémico implicó la desaparición del objeto psicoanalítico -el individuo-, a favor de su propio objeto de estudio que fue el sistema familiar (Besoain, Morales & Zamorano, 2013). Pareciera que en este primer momento de la sistémica, se exacerbó la fuerza crítica contra lo individual a tal punto de considerar al sujeto sólo como parte de un sistema familiar indivisible.

De esta manera, la necesidad de responder a nuevas interrogantes fue tomando parte y moviéndose hacia nuevas tierras. En la última década del s. XXI, la teoría de referencia para la terapia familiar² ha sufrido una fuerte revolución. Muchas de las metáforas sobre las cuales se había fundado la terapia familiar han caído en discusión o bien han sido radicalmente reformuladas. Bertrando & Tofanetti (2004) plantean que la cibernética y la teoría de los sistemas son puestas en discusión, junto a la gran parte de teorías normativas en las cuales se fundan los modelos, tales como los estratégicos o bowenianos, sin embargo agregan, éste no fue un cambio que afectó sólo a la terapia familiar sino también al psicoanálisis. Tal como asegura Rosenau (1992, en Bertrando & Tofanetti, 2004), la condición posmoderna genera un continuo flujo de información y modelos de vida provenientes de diversos medios de comunicación que modifican la identidad. Ésta tiende a hacerse más difusa, múltiple, fluctuante, desunida y privada que aquel centro fuerte que había sido característico en la época moderna. Estos desarrollos, junto al construccionismo social y a los enfoques que ponían al lenguaje y a la interacción social como protagonistas, generan un modo de concebir el mundo distinto a los cibernéticos de las décadas precedentes. Para éstos, cambiando el patrón de acción, se podía cambiar el modo de pensar y actuar. Los terapeutas que adscriben al construccionismo, invierten el acento, creando la terapia más centrada sobre el lenguaje en toda la historia de la terapia familiar (2004, p. 260). Así, las raíces cibernéticas con sus residuos neopositivistas, son abandonadas a favor de una posición que se orienta hacia la crítica literaria y la hermenéutica, a la interpretación textual. De este modo el acento pasa del contexto de Bateson al texto de Derrida, y en otro nivel, se podría pensar que pasa de la familia al individuo.

Sin embargo, a partir de la reciente revisión del tránsito que ha llevado a cabo la sistémica, resulta fundamental reconocerlo desde una perspectiva epigenética (Bertrando 2011). Es decir, donde lo último contiene, de algún modo, lo que venía antes, recibe influencia y queda moldeado por ello; y a su vez le da una nueva forma. Cada cambio ocurre en una continuidad y nada es olvidado, sólo transformado.

² Desde ahora en adelante, tal como planteó Bertrando (2011), hablaremos en esta tesis de *terapia sistémica* y no de *terapia familiar*. Pues no todas las terapias familiares son sistémicas y no todas las terapias sistémicas son familiares. Por lo que se usará este término para referirse a un campo más limitado definido por el entendimiento sistémico, ya sea en el trabajo clínico familiar, individual, o de otro tipo.

El retorno de lo individual en la sistémica

Los movimientos anteriormente descritos generaron un quiebre en la continuidad del pensamiento sistémico, que inauguró con Boscolo & Cechin en el Modelo de Milán, con Goolishian, Anderson & Andersen en el Modelo Conversacional y con White & Epston en el Modelo Narrativo, un nuevo vuelco. Estas nuevas perspectivas le otorgan relevancia al lenguaje, ya que posibilita el desplazamiento desde un cambio conductual observable hacia un cambio en la generación de significados. Sin embargo, es importante denunciar que hay un riesgo en fascinarse demasiado con la metáfora del texto, pues uno se arriesga a olvidar que es una metáfora, reificando y tratando a la terapia como si fuera un texto escrito. Así, “reificar la metáfora del texto deja mucho del encuentro humano en las sombras (...) las personas no son textos, del mismo modo que un plano de un avión no puede volar sobre el océano” (Bertrando, 2011, p. 38-39). En terapia, no intercambiamos sólo palabras, ya sean metafóricas, polisémicas o usadas en variados juegos de lenguaje. El contexto de la terapia está definido no sólo por las palabras del terapeuta o del consultante, sino también por un intercambio de significados que se relacionan precisamente con cuestiones de relación. Así, se intenta llevar a cabo una exploración conjunta de los modos de los sistemas consultantes de generar significado en torno a los problemas, al malestar y a su solución en el diálogo terapéutico. Es la posibilidad de crear una relación terapéutica compartida la que permitirá establecer una relación de confianza y de mutua participación con el fin de poder ir creando nuevos sentidos que alivien y liberen al consultante de aquella única explicación que comanda su vida.

Con lo anterior, se inaugura un giro que deja atrás la estructura familiar en sí misma como explicación preponderante del problema del que consulta y pasa a ser la narración del consultante lo que permite pensar a la familia. Se cambia la estructura rígida por el texto flexible y la posibilidad de su re-escritura. Así, el horizonte de comprensión de las terapias sistémicas por estos años abandona el discurso cerrado y hegemónico de sistema, y avanza hacia una comprensión hermenéutica. En este camino, los terapeutas sistémicos tienden a volverse terapeutas conversacionales y narrativos, en la medida en que se posicionan como “colaboradores” más que como “expertos”. El mejor ejemplo de esta actitud es la noción del “no-saber” de Anderson & Goolishian (1992). Con este giro, la terapia cambió radicalmente hacia una actitud comprensiva, demostrando que los

terapeutas no querían cambiar a la gente, sino ayudarlos a entenderse a si mismos. En esta misma línea, podemos plantear que además se ha podido ver que actualmente el énfasis en el lenguaje ha provocado un desplazamiento: desde una perspectiva narrativa hacia una perspectiva dialógica. Esta perspectiva dialógica, permite dar lugar a las ideas del terapeuta en sesión y hacer coherente el giro lingüístico con la tradición sistémica, en el sentido de que lo que suceda en ese sistema terapéutico estará influido por todas sus partes, dando lugar a un conocimiento que las excede en su suma. Reenfocar o cambiar lo narrativo por lo dialógico permite precisamente poner el acento en el “entre”, en el conocimiento como creación conjunta en un espacio terapéutico en que las voces del terapeuta y del paciente tengan el mismo peso. Asumir esta perspectiva entraña el desafío y la oportunidad de incluir al paciente como objeto de la observación, así como al terapeuta (Berezín, 2013).

Con lo anterior, y recuperando a Bateson (1976), se promueve un espacio inundado de lenguajes, de juegos y formas de vida, cuyas pautas de relación ya no son atribuibles a una pura estructura, sino a juegos complejos de relaciones movidos por la rueda del sentido y la emancipación. Con este impulso, la sistémica ha podido avanzar hacia una concepción política de la psicoterapia, donde los discursos de uno no son sólo atribuibles a la funcionalidad del sistema, sino por el contrario, a poder ampliar los grados de libertad y resistencia respecto de nuestras acciones y sujeciones dominantes (White, 1991). De esta forma, se generan dos movimientos interesantes: por un lado, se promueve la narración y diálogo, y por otro, dado lo anterior, se reconcilia el lugar de lo individual en el malestar.

Muchas son las consecuencias que generó el vuelco hacia el lenguaje en la psicoterapia sistémica relacional, sin embargo, se hace necesario distinguir un efecto fundamental. Este es, el desplazamiento de lo interindividual a lo intraindividual, es decir, la reconsideración de los procesos relacionales subjetivos e internos; Esta vez, no como caja negra (Watson, 1913; Mandler, 2007) ni como procesos inconscientes imposibles de acceder (Freud, 1915), sino que como proceso subjetivo de *estar siendo*. Quien nos acompaña en esta idea es el filósofo Paul Ricoeur, quien con su propuesta de la identidad narrativa ha generado interesantes reflexiones filosóficas hermenéuticas, ontológicas y psicológicas. En su obra “*El sí mismo como otro*” (Ricoeur, 2008), plantea que la identidad está “compuesta” por sí mismo y también por otro. Adscribe a la idea de que el ser humano es en el lenguaje y en la

relación, sin embargo, difiere de la idea del núcleo identitario, de lo estable y unificado. Así, propone sustituir el *mismo* (idem) por el *sí-mismo* (ipse), ya no como mismidad, sino como ipseidad en tanto posibilidad de la diferencia de sí mismo, del cambio y la mutabilidad de la cohesión de una vida. De esta manera, se aleja de las nociones identitarias de centralidad, estabilidad y unicidad. En la lectura que hace Arfuch (2002), la identidad narrativa se sujeta al juego del devenir al abrirse al cambio y a la mutación, cada vez que la historia de una vida es re-figurada por todas las historias verídicas o de ficción que un sujeto cuenta sobre sí mismo. Esta re-figuración hace de la propia vida un tejido de historias narradas y constituye al sujeto como escritor y lector de su propia vida (Ricoeur, 2009).

Este guiño ricoeuriano permite considerar la subjetividad de modo móvil y cambiante, con-formada por una trama narrativa referida a sí-mismo en tanto mismidad y diferencia, en tanto encuentro y fisura, pues en sus palabras, es una concordancia discordante (Ricoeur, 2008). En la misma línea, Besoain (2012) afirma que para Ricoeur la identidad narrativa se hace y deshace continuamente, siendo a la vez, el título de un problema, así como el de una solución. La identidad narrativa es, de esta manera, la mediadora entre la mismidad y la diferencia, entre la posesión y el desposeimiento, el cuidado y la despreocupación, la afirmación y el oscurecimiento de sí (p. 63).

Nueva propuesta: El movimiento hacia una Psicoterapia Sistémica Relacional Hermenéutica

Con la recuperación de la experiencia individual en la clínica sistémica posmoderna se comienza a pensar la terapia como un lugar central para lo único e irremplazable de la experiencia humana concreta, un lugar que toma distancia de los mandatos técnico-mecanicistas (Pakman, 2011). Desde acá el terapeuta se instala como un operador político que desea más que una pauta de salud o normalidad, una pauta de libertad como práctica emancipatoria de la familia/del individuo respecto de las sujeciones hegemónicas de la salud mental y sus juegos de normalización (Besoain et al., 2013). Con esta intención, han ido tomando lugar ciertos planteamientos que bordean el campo de lo “estrictamente” sistémico y que se asoman hacia nuevas maneras de comprender al sujeto. Se han comenzado a considerar algunas propuestas filosóficas del sentido, la poética y la hermenéutica en el ejercicio clínico, como una manera de inaugurar y promover en el

encuentro terapéutico la comprensión, la seducción del relato y la experiencia imaginativa y sensorial como dimensiones que permiten acceder a la singularidad de la experiencia, más allá de la sujeción de los guiones culturales de significado.

Siguiendo el desarrollo anterior, en la actualidad los sistémicos se podrían dividir en dos posturas. Por un lado están quienes siguen fehacientemente sus nociones fundantes y se apegan a la rigurosidad sistémica, y por otro, quienes han logrado avanzar –incluso con el temor de traicionar sus bases- hacia nuevas lecturas y horizontes teóricos. Esta última postura o enfoque se atreve, con la influencia del modelo narrativo (White, 1993) y de las perspectivas que apuntan hacia el sentido y la singularidad (Pakman, 2011; Varela, 2000), a volver a considerar el sujeto y la subjetividad; problema abandonado por la primera sistémica en sus esfuerzos por construir una alternativa a la comprensión individualista del malestar psicológico llevado a cabo por psicoanalistas.

La recuperación de la pregunta por el sujeto en la psicoterapia sistémica a comienzos del siglo XXI y en el escenario post giro lingüístico en ciencias sociales, ha implicado varios desafíos. Por un lado, tras el giro lingüístico y el post-estructuralismo, la constatación de su descentramiento, de su carácter in-esencial y de su movimiento lingüístico performativo. Por otro, la pregunta por la continuidad en medio del devenir, por cierta estabilidad, cierta permanencia que habilita el reconocimiento a través del tiempo (Ricoeur, 2008). En esta intención de articulación, la dialogicidad bajtiniana, la micropolítica pakmaniana y las reflexiones postestructuralistas sistémicas, comienzan a tomar parte en la escena. Una participación que en palabras de Besoain, et al. (2013) ha comenzado a otorgar una nueva lectura a la *naturaleza relacional* del malestar psicológico, instalando la cuestión de la alteridad y la diferencia en el hasta ahora prohibido territorio de “lo intrapsíquico”. Estos nuevos desarrollos en el campo sistémico relacional nos invitan a preguntarnos por las prácticas y actitudes que un terapeuta inscrito en esta tradición debiera seguir. Dada la intención de no caer en una tecnología resolvedora de problemas, sino más bien acercarse a una práctica hermenéutica y singular, es que se vuelve interesante aportar con desarrollos teóricos nuevos que permitan pensar lo psicoterapéutico.

Los planteamientos del lingüista soviético Mijail Bajtín, nos permiten pensar la relación entre lenguaje y subjetividad de un modo consecuente con los desarrollos teóricos y

epistemológicos propuestos en la presente tesis. Esta inspiración ha conquistado tierras en la sistémica actual ya que sus planteamientos han comenzado a utilizarse cada día más. Peter Rober, es uno de los terapeutas sistémicos que ha colaborado con interesantes desarrollos en el campo de la terapia familiar al proponer ciertas ideas bajtinianas para pensar la práctica clínica y el lugar del terapeuta. Otro terapeuta de mayor trascendencia en la sistémica es Paolo Bertrando, quien en su último libro *“El terapeuta dialógico”* (2011), incorpora ideas del autor soviético a modo de inspiración en el trabajo de hipotetización y comprensión de los casos clínicos. La incorporación del trabajo de Bajtín tiene que ver con la posibilidad de pensar al sujeto de un modo distinto, pues desde nociones como polifonía y heteroglosia (1986/2005) instala la multiplicidad en la constitución subjetiva, lo que hace posible plantear y garantizar dos cuestiones relevantes. Por un lado, el interés por la singularidad -enfaticada por los psicoanalistas y dejada de lado por los primeros sistémicos-, y por otro, la idea de que el sujeto es relacional –el bastión principal de los sistémicos-. Podríamos atrevernos a pensar que con su propuesta se exceden los planteamientos polares y se avanza hacia un campo compartido que bordea lo estrictamente individual o relacional, generando una tensión que transita en un vaivén entre lo uno y lo otro. Con Bajtín (1986), se consolida la idea del yo en relación, cobrando central relevancia el planteamiento del discurso dialógico en el sentido de involucrar esencialmente un encuentro/desencuentro entre posiciones, pues para el autor la enunciación nunca es neutral, siempre carga con valoraciones e intenciones que instalan posiciones, un yo y un tú que son indisociables. Con esto, la constitución subjetiva queda compartida, pues el interés está en el posicionamiento, en la definición, en la posibilidad de la continuidad y centralidad del discurso, sin embargo nos recuerda que esto siempre ocurre a propósito de otro y abierto siempre a la discontinuidad o fuga. Para el autor soviético, las palabras son dichas a otro y emergen de una cadena de significados infinita, pre existen y nunca son finales. Así, el yo como posición, se define siempre en relación a posiciones previas y venideras, remite a otras posiciones, engendrando en sí la alteridad (Bajtín, 1986).

Lo interesante, y en parte lo que motiva a incorporar sus planteamientos en la presente tesis, tiene que ver con la lectura que hace del discurso. Pues propone que el diálogo

interior que constituye la conciencia no se reduce a la relación Yo-Tu, ni a la relación sujeto-objeto, ni a otras relaciones duales, sino que la conciencia involucraría siempre un trasfondo de voces que interpelan al sujeto más allá de lo que está siendo pensado directamente (Haye, 2009, p.16). La teoría de Bajtín nos invita a pensar que la alteridad no se limita al interlocutor causal directo ni al segundo en el diálogo, sino que aparece como una voz o perspectiva que permanece como campo de acción. En palabras del autor ruso “la palabra es un drama en el que participan tres personajes” (Bajtín, 1979/2011, p. 310), apareciendo el tercero como aquél a quien mi enunciado responde, a propósito de quien se habla, pero que no necesariamente coincide con un sujeto que a su vez responda a mi enunciado. Lo esencial del tercero es que su voz suena pero sin escuchar y reaccionar necesariamente. En la lectura de la obra de Bajtín, Haye (2009) propone un ejemplo para entender la posición del tercero: Una audiencia que pueda estar escuchando, comprendiendo y evaluando un debate entre dos interlocutores, pero cuya operación no es la de intervenir mediante enunciados en el diálogo sino la de ofrecer a los oradores un punto de vista externo dentro del cual están contenidas las perspectivas parciales de los interlocutores parciales.

La problematización del discurso y la pregunta por la constitución subjetiva, cobran relevancia pues la idea de una subjetividad siempre en tránsito y constituyéndose en ese encuentro/desencuentro, es acorde a aquellos planteamientos críticos de la modernidad que consideran al sujeto como descentrado, in-esencial y nunca acabado. Sin embargo, pareciera que estas consideraciones aún no han podido ser integradas dada la exigencia y demanda por cierta estabilidad y centralidad en la definición del individuo. En esta sordera, pareciera que las prácticas sistémicas si bien ponen en el centro de su interés las relaciones, no han podido detenerse sobre la relación terapéutica ni han escuchado esa terceridad que ha sido creada en conjunto, que es compartida y ante la cual el discurso se dirige y también responde. Pensar en la terceridad como audiencia, como entidad que puede escuchar, comprender y ofrecer otro punto de vista, es lo que nos inspiró en un primer momento a desarrollar teóricamente la noción de tercero en la sistémica. Creemos que consultante y terapeuta pueden crear juntos una relación que los exceda y que se anide con fuerza como audiencia compartida a la que ambos pueden recurrir. Introducimos esta

idea, pues creemos que la relación terapéutica y la terceridad, son constitutivas de la subjetividad en tanto se transforman en alteridad que afecta y le responde al individuo.

A partir de lo anterior, surge la intención de la presente tesis, es decir, considerar algunos de los problemas propuestos por Bajtín y otros pensadores, con el fin de generar nuevos rendimientos para la psicoterapia sistémica relacional hermenéutica. Pareciera que por temor a acercarse demasiado al terreno psicoanalítico, los pensadores, investigadores y terapeutas sistémicos hemos omitido la pregunta por la subjetividad. La clave central que promueve la investigación, tiene que ver con la sospecha de que la terceridad constituye al sujeto en tanto alteridad, de modo que se podría posibilitar el camino hacia una terapia dialógica, micropolítica y hermenéutica que integre la doble dimensión del sujeto.

A propósito del desarrollo propuesto hasta ahora, la pregunta de investigación se hace presente y nos guía en nuestra lectura y planteamientos. Se nos hace relevante preguntarnos: **¿Cuál es el lugar de la Terceridad Sistémica en la Psicoterapia Sistémica Relacional?**

El objetivo general es poder **comprender el lugar de la Terceridad Sistémica en la Psicoterapia Sistémica Relacional**, para luego poder contestar y avanzar respecto de varios **objetivos específicos** que emergen a partir de lo anterior. Quisiéramos poder **(1)** Analizar el movimiento de la sistémica y la consideración de lo individual en la psicoterapia sistémica relacional, **(2)** Distinguir los desarrollos de la clínica hermenéutica del psicoanálisis relacional para el desarrollo de una psicoterapia sistémica relacional, **(3)** Generar contribuciones respecto de la relación terapéutica en tanto Terceridad Sistémica, **(4)** Considerar posibles lecturas y tensiones entre la Terceridad Sistémica y las propuestas de los autores sistémicos Paolo Bertrando, Peter Rober y Marcelo Pakman, **(5)** Sugerir prácticas para una Psicoterapia Sistémica Relacional Hermenéutica.

La presente tesis, intentará hacer un recorrido por el campo de la psicología sistémica, específicamente por la dimensión relacional actual que avanza en un doble camino, por un lado rescatando la noción de *ser en relación con otros*, y por otro, haciéndose la pregunta por la subjetividad, por la definición del sujeto que –tal como se planteó–, no es quieta, ni estable, sino que está viva, en movimiento y abierta al cambio. Lo anterior se llevará a cabo

con la intención de hacer - en sintonía con los planteamientos epistemológicos y teóricos que sostienen la tesis- una propuesta respecto de la relación terapéutica. ¿Cómo podemos usarla a nuestro favor (en tanto terapeutas y consultantes)?, ¿Cómo se materializa al teorizar sobre ella? Leerla a través de autores como Bajtín desde su lugar de tercero, e incluso desde algunos planteamientos actuales del psicoanálisis relacional respecto de la terceridad (Benjamin, 2004) nos ayudarán a poder generar contribuciones para la práctica clínica. Pensar que nos constituimos en la relación, que nuestro aporte (el de ambos participantes) soporta y sostiene la tensión, nos permitirá acercarnos a una práctica dialógica, hermenéutica y micropolítica.

La relevancia entonces queda de manifiesto en el poder teorizar respecto de algo que en la sistémica nunca se ha teorizado: la relación terapéutica como Terceridad Sistémica: Esto es, desde algunas nociones teóricas y epistemológicas desarrolladas recientemente que consideran la mutua participación y transformación. El propósito es generar un avance teórico en la psicoterapia sistémica, como un modo de poder re-conocer cómo en Bajtín, Ricoeur, Orange, Gadamer, Benjamin, Pakman, Bertrando y Rober, entre otros, podemos encontrar iluminación para la psicoterapia sistémica relacional, con la intención de aportar con nuevas lecturas y articulaciones al enfoque en que estamos inscritos. De esta manera, se analizarán los planteamientos de estos autores con el fin de ir interpretando y articulando el lugar de tercero y de relación considerada en sus planteamientos, y cómo podemos hacer uso de estos desarrollos para cooperar y avanzar hacia una práctica que con nueva, libere y ayude a quienes nos consultan.

Así, la presente investigación más que cerrar una temática, intenta abrir el horizonte y con nuevas inspiraciones volver a mirar las prácticas clásicas que hemos seguido.

La relevancia principal de la presente investigación tiene que ver con generar nuevos conocimientos y aportes teóricos en el campo de la psicoterapia sistémica relacional, específicamente desde la perspectiva dialógica, hermenéutica y micropolítica. La idea de reflexionar respecto del lugar de la relación terapéutica en tanto tercero, ligaría la investigación a la construcción y reflexión de un dispositivo terapéutico. En salud mental esto hace eco de aquellos trabajos que han dado cuenta de la fragilidad que aparece hoy en

el sistema de salud mental en general. Son variados y diversos los artículos, investigaciones y estudios en general que, al enfocar la situación de la Salud Mental en Chile, llegan a la conclusión de que ésta viene apareciendo como la dimensión más diezmada del sistema de salud del país, con presupuestos ínfimos³, altos niveles de privatización y una débil lectura epidemiológica de la población en el tiempo (Valdés & Errázuriz, 2012; World Health Organization, 2006; Jiménez & Radiszcz, 2012).

Sin embargo, junto a aquello, se asume que en el marco del desplazamiento de los mismos procesos de modernización, las nociones clínicas dominantes –tanto desde los planes como desde muchas demandas a los mismos– han condicionado las posibilidades de comprensión de lo que significa una consulta a psicoterapia, generando lineamientos de trabajo mecánico-técnico (anamnesis por ejemplo) que obturan y colonizan el espacio de lecturas relacionales del sistema consultante. Por esta razón, esta investigación será generativa para el campo teórico clínico del que somos partes –tanto al practicar esta disciplina como al formar a otros profesionales– pues pretende avanza hacia nuevos conocimientos teóricos al analizar la noción de tercero en la sistémica, y cómo al escuchar esto en el contexto terapéutico, se podrían generar nuevas luces respecto de la singularidad de quien consulta, acercándonos a una práctica que se resiste a al dispositivo moderno representacionista y que promueve una clínica hermenéutica del sentido, la comprensión, la participación, la aporía en el proceso de subjetivación y el quiebre de las micropolíticas dominantes.

³ Ejemplo de ellos son los resultados publicados el 2007 por el estudio que desarrolló en conjunto la World Health Organization con el Ministerio de Salud de Chile evidenciaban que solamente el 2,14% del presupuesto total de salud en el sector público es dirigido a la Salud Mental, y que aunque si bien esta cifra representaba un aumento significativo del 1,2% del año 1999, se encontraba muy lejana de la meta de 5% para el año 2010 que planteaba el plan nacional para Salud Mental en Chile (2007).

II. La alteridad en la constitución subjetiva

Tal como se planteó en el capítulo anterior, la recuperación de la pregunta por el sujeto en la psicoterapia sistémica a comienzos del siglo XXI y en el escenario post giro lingüístico en ciencias sociales, ha implicado varios desafíos y re-elaboraciones. En los últimos años, nuevas lecturas respecto de la naturaleza relacional han abierto el campo de la psicoterapia sistémica relacional, lo que ha favorecido el ingreso de pensadores que - desde distintas disciplinas- han permitido comprender y re-leer los fenómenos de interés colaborando con desarrollos no sólo en el campo de lo interindividual, sino también de lo intraindividual al re-considerar la alteridad (Ricoeur, 1990) en el proceso de subjetivación y comprensión. La psicoterapia ha ido transitando hacia nuevas comprensiones hermenéuticas y micropolíticas⁴ (Pakman, 2011) y desde aquí, se ha hecho necesario pensar en el espacio y en la relación terapéutica, en aquel tercer lugar que se crea en el encuentro y que actúa como una especie de plataforma que sostiene el encuentro, las palabras, el sentido.

Se distinguirá y elaborará el lugar de lo tercero en la sistémica relacional, cuestión que si bien ha sido ampliamente discutido por la perspectiva psicoanalítica intersubjetiva (Aaron, 1999; Benjamin, 2004), no ha sido abordado por el enfoque sistémico. La diferencia principal es poder pensar en ello desde una epistemología que ha dejado atrás el representacionalismo y que por lo tanto, la pregunta por lo tercero -en tanto relación terapéutica-, desde esta orilla disciplinar contribuirá a pensar y practicar una clínica hermenéutica dialógica que se abra a la multiplicidad de significados y que no intente acercarse al significado verdadero anidado en lo profundo de la psique. Esto aparece como algo relevante, ya que diferenciándose del modelo representacional, la relación y el lenguaje han cobrado un lugar preponderante en el modo en el que conocemos el mundo.

⁴ El concepto de micropolítica desarrollado por Marcelo Pakman (2011) se refiere a la generación de un espacio y relación donde se detenga la hegemonía de los discursos de quienes consultan y también de la propia práctica psicoterapéutica. La micropolítica es la visibilización de ciertas relaciones de poder que subyugan al sujeto a favor de una reproducción mecanicista, es la realización de la promesa emancipatoria que se anida en lo humano como un corazón político, ético y estético (p.16). De este modo, su propuesta invita a tomar distancia crítica respecto de aquellas terapias técnico-racionales que reproducen el guión pre-fijado y promueven la recuperación de la normalidad. Estas son sólo algunas pistas para comprender los planteamientos pakmanianos que se abordarán con mayor profundidad en el capítulo 4.

Por esta razón, hemos decidido ubicar la relación terapéutica sobre el debate sistémico, ya que pareciera que no ha sido pensada desde este giro epistemológico que deja atrás el modo de conocer representacional y adscribe a uno en el que construimos los significados en conjunto. En el presente capítulo, esto se elaborará desde una propuesta que reflexione respecto de la alteridad en la constitución subjetiva a través los planteamientos del crítico literario soviético Mijaíl Bajtín, desde el filósofo y hermeneuta Paul Ricoeur y de otros autores que han desarrollado nuevos avances teóricos influenciados por ellos (Besoain, 2012; Haye, 2009). Uno de los planteamientos principales de esta investigación es la relación terapéutica, pues creemos que en ella también nos constituimos como individuos. Por eso es relevante pensar acerca de cómo cierta relación terapéutica nos puede ayudar a comprender al sujeto en su multiplicidad y movimiento, en la continuidad en medio del devenir, en esa definición que es estable y fuga a la vez, en su pregunta ricoeuriana *¿Quién soy yo, tan inconstante, para que a pesar de todo cuentas conmigo?*

Ser EN el lenguaje

Mijaíl Bajtín ofreció importantes distinciones y aportes respecto de la relación entre subjetividad y lenguaje, para el autor, “ser significa comunicarse dialógicamente” (1979/2011, p. 324). El acontecimiento del ser ocurre en el intercambio y encuentro eterno entre los enunciados, en ellos la voz transporta y expresa los sentidos existenciales, las valoraciones. Éste y muchos de sus desarrollos han sido retomados y desarrollados por autores ulteriores hasta la fecha, sin embargo, su mayor herencia tiene que ver con su propuesta respecto del lenguaje, al que concibe como una realidad social ideológica, siempre viva y en cambio (Bajtín, 1986/2005). Advierte que en toda palabra hay múltiples ecos de voces ajenas y que descubrir el juego de afinidades y tensiones dialógicas entre el yo y el otro, es la vía para entender tanto una conversación trivial como la compleja construcción de una novela (Todorov, 2011). Con la lectura que hace Bubnova (2006) de la obra del literario ruso, podemos decir que:

“Las palabras pueden existir únicamente en forma de diálogo, lo mismo que el sujeto, el yo, sólo existe en interacción con el otro que le da origen en el

momento de dirigirle la palabra por medio de un tú, para que podamos reconocer humildemente “yo también soy”⁵ (p.104).

Con esto se plantea que es *en* el discurso *con* otro donde aparece el sujeto, pues éste se hace real por medio de la palabra, en la enunciación, en el encuentro de enunciaciones con otro que lo escuche. Es interesante comenzar a esbozar desde un principio que esta intencionalidad del diálogo no implica solamente a un segundo de modo literal, sino que un segundo en tanto permite la posibilidad de la enunciación, pues la intención tiene múltiples direcciones, no sólo se dirige al otro que escucha, sino también a sí mismo, al contexto cultural y a la relación que posibilita el encuentro.

A la luz del análisis de textos literarios, el autor soviético plantea con convicción que toda obra (palabra) tiene, internamente, un carácter sociológico, pues en ella se cruzan las fuerzas sociales vivas y cada elemento está impregnado de valoraciones sociales. Resulta interesante considerar que en el estudio de la novela y la cultura, Bajtín (1986/2005) postula que la totalidad de ellas son dialógicas, que todos los personajes son participantes de un diálogo, oyen lo que los otros opinan de ellos y contestan a todos. El análisis de los personajes ha sido considerado por múltiples pensadores, sobretodo en el ámbito filosófico ontológico y psicoanalítico, pues la riqueza de éste ha permitido avanzar en el estudio del individuo y en el proceso de subjetivación del mismo. Siguiendo su propuesta, plantea que el argumento carece de toda clase de funciones conclusivas y que el diálogo siempre se estructura bajo la intersección, la consonancia y la interrupción de las réplicas del diálogo abierto mediante las réplicas del diálogo interno (Bajtín, 1979/2011, p. 190). En todas partes existe un determinado conjunto de ideas, pensamientos y palabras que se conducen a través de varias voces separadas sonando en cada una de ellas de manera diferente. Su objeto de estudio es la variación del tema en muchas y diversas voces, un polivocalismo y heterovocalismo fundamental. De esta manera, plantea que toda palabra es respuesta, es posición y valoración, nunca una palabra es igual a otra, pues aunque sea repetida, la dice en respuesta a un enunciado distinto y en otro contexto. En palabras de Bajtín (1986/2005):

⁵ Cursivas en el original.

“La palabra no es una cosa, sino el medio eternamente móvil, eternamente cambiante de la comunicación social. La palabra nunca tiende a una sola conciencia, a una sola voz. La vida de la palabra consiste en pasar de boca en boca, de un contexto a otro, de una generación a otra generación. Con ello la palabra no olvida su camino y no puede liberarse plenamente de aquellos contextos concretos cuya parte ya había formado (...) la palabra nunca es neutral, sino que está poblada de otras voces” (p.295)

De esta manera, el lenguaje es el diálogo de distintos puntos de vista valorativos, involucra siempre a otros, un yo, un tu y un tercero potencial que esté por sobre el yo y tú que interactúan (Haye, 2009). En palabras del mismo Bajtín, la palabra es un drama en el que participan tres personajes, no es un dúo, sino un trío (2011, p. 310).

El autor considera que el lenguaje tiene un lugar central en la configuración de la experiencia humana. Se ha planteado que se cree que podemos comprender mejor lo que sentimos, lo que hacemos, cómo nos relacionamos con los otros y lo que nos ocurre en la vida con los otros, si es que observamos nuestro hacer y padecer a la luz de lenguaje (Haye, 2009). En cuanto experiencia, el lenguaje no se entendería como capacidad comunicativa ni como sistema formal, sino como un acontecer, como un ocurrir. El lenguaje debe entenderse como movimiento y tránsito dinámico, nunca como una cosa o estado quieto. En palabras del literario ruso, la palabra está viva (Bajtín, 1986/2005). Por esto, se plantea que el discurso es un discurrir, un acontecimiento que en tanto proceso vivo, es acción, cambio y alteración. El autor chileno inspirado por la obra bajtiniana plantea que:

“El discurso no es simplemente la lengua en uso o el texto puesto en acción, sino que es el propio lenguaje en cuanto devenir del pensamiento y del habla, en cuanto práctica del lenguaje que se realiza en ocurrencias singulares, contingentes e irrepetibles” (Haye, 2009, p.3).

Discurso y Constitución Subjetiva

Para Bajtín, el discurso posee una naturaleza social y tiene una propiedad común a todas las formas de lenguaje (conversación, texto escrito, diálogo interno, mensaje monológico dicho por un mandatorio a su pueblo, certificado científico, etc.), es decir, ellas comparten la cualidad del movimiento y dinamismo, del intercambio, del encuentro y desencuentro. Estas diversas formas pueden “conversar”, sólo si se los ve como visiones de mundo, puntos de vista o voces sociales (Bajtín, 1979/2011, p. 307). La unidad del discurso es el enunciado (*utterance*), y éste se entiende como la unidad entre, por un lado, lo *enunciado*, lo que se dice, significa, implica, etc. y, por otro, la *enunciación*, o sea, el acontecimiento de articulación con lo que se dice, significa, etc. (Haye, 2009, p. 6). Lo que comparten todos los tipos de discurso es la ocurrencia, la posibilidad de acontecer, la singularidad. El responder con un enunciado a otro enunciado, no implica solamente la formulación de una frase luego de otra, sino que implica además la articulación de la frase anterior con la próxima venidera. Para Bajtín, un enunciado siempre es respuesta a otros enunciados, por esto, no hay ni una primera ni una última palabra. En este caso, la lectura de Haye (2009) ilumina al proponer que desde una perspectiva dialógica, la unidad del discurso es cada uno de los engarces entre las afirmaciones, es el punto de juntura entre los eslabones de una cadena, no el eslabón en sí. Un enunciado es un lazo que ata la toma de posición del momento previo a una nueva toma de posición y a otro enunciado por venir, atando este último una nueva toma de posición. Esta metáfora es interesante, ya que nos invita a situar el análisis y la escucha en el punto de encuentro, en el borde que une a uno y otro enunciado. El sujeto se constituye ahí, es aquello que aparece y se instala de modo singular y siempre cambiante -quizás sin poder nunca apuntar ni tocarlo- dada la cooperación y el intercambio entre dos personas. En palabras del pensador chileno, el encuentro y desencuentro son dos caras de la misma moneda (Haye, 2009), es decir, un enunciado contiene y se con-forma gracias a la pregunta y a la respuesta, al primer comentario y al que le sigue, pero no en tanto enunciados separados, sino que en la unión que hay entre ellos, que finalmente es lo que posibilita la continuidad del discurso.

De esta manera, con Bajtín se comienza a subrayar el lugar de la alteridad –lo otro- en la constitución subjetiva, pues es en el diálogo (consigo mismo y con otros) donde el

sujeto se va definiendo. El autor plantea que todo miembro de una comunidad hablante recibe y se enfrenta a la palabra a través de la voz de otro y saturada por esa voz, pues la palabra llega al contexto del hablante a partir de otro contexto, colmada de sentidos ajenos (1986/2005, p. 295). De esta manera, podemos reconocer al otro en el discurso y pensar que la definición del sujeto que se busca no es una definición quieta, estable y que aboga a lo idéntico, sino que es una definición de sí mismo que está viva, siempre en movimiento y cambiante.

En la misma línea, el autor soviético plantea que el enunciado se estructura por la interacción de dos tipos de fuerzas sociales e históricas, las fuerzas centrípetas y las fuerzas centrífugas (1981/2004). Inspirándose en las fuerzas de la física, el autor soviético propone que la fuerza centrífuga tiende a la centralidad y unicidad del mundo verbal e ideológico en el que aparece activamente el lenguaje. La fuerza centrífuga opera paralelamente, ya que junto a la centralización y unificación verbal e ideológica, aparecen los procesos de descentración y des-unificación (p. 272), de variación y multiplicidad de lenguajes y voces (Besoain, 2012, p.66). Estas fuerzas se intersectan, se cruzan y encuentran en cada enunciado, de esta manera, cada enunciado participa por un lado del lenguaje unitario -movido por las fuerzas centrípetas- y por otro de la heteroglosia social e histórica -que son posibles dadas las fuerzas centrífugas- ya que es el contexto el que define el significado de cada palabra. En palabras de autor soviético, el enunciado está asediado por estas dos fuerzas siempre en pugna, contradictorias y en tensión (Bajtín, 1981/2004; Besoain, 2012). Desde una perspectiva bajtiniana, la constitución de la subjetividad está -al igual que el enunciado- atrevesada por estas dos fuerzas que constituyen la dualidad estructurante del lenguaje (Shotter & Billing, 1998).

Lo anterior nos permite enfatizar el lugar central de la alteridad en el discurso, pues en el discurso se *encuentran sobre la frontera*, dos conciencias, dos sujetos, dos posiciones, dos mundos (Bajtín, 1979/2011, p. 294). La vida del enunciado, su esencia verdadera, siempre se desarrolla en relación a otro. La palabra es interindividual (Bajtín, 1979/2011, p.310), lo expresado no le pertenece sólo al hablante, sino que éste tiene los mismos derechos que el oyente, y también lo tienen aquellos cuyas voces suenan en la palabra que el autor encuentra como lo dado (porque no hay palabra que no pertenezca a alguien). Sin

embargo, es relevante precisar la doble función que poseen los enunciados, pues ellos no son sólo partes que se suman para la formación de una cadena discursiva, sino que constituyen ellos mismos el enlazar a un sujeto con otro, una perspectiva con otra, una posición con otra. He aquí el sentido y la importancia de la dimensión social, dialógica y singular del lenguaje.

Es interesante destacar la constante creatividad que ocurre en el dialogar, según las propuestas del crítico literario ruso, un enunciado es siempre respuesta a otro enunciado ya dado, y en la respuesta misma hay un acto de creación, algo singular y único que nace en el acontecimiento del decir. Cuando existe una actitud creativa, no hay discurso que no tenga voz, que no pertenezca a alguien. En todo discurso se perciben voces, a veces infinitamente lejanas, anónimas, casi impersonales e imperceptibles, y otras veces tan cercanas que suenan simultáneamente al momento del habla. Un enunciado nunca es sólo reflejo o expresión de algo ya existente, dado y concluido. Un *enunciado siempre crea algo* que nunca había existido, algo absolutamente nuevo e irrepetible; pero lo creado siempre se crea a partir de lo dado (la lengua, un fenómeno observado, un sentimiento vivido, el sujeto hablante mismo, lo concluido en su visión de mundo, etc.), de esta manera, todo lo dado se transforma en lo creado.

Para Bajtín:

“Cuando en los lenguajes, jergas y estilos comienzan a percibirse voces, aquéllos dejan de ser un medio de expresión potencial y llegan a ser expresión actual y realizada; la voz entró en ellos y se apoderó de ellos. Están predestinados a jugar un papel único e irrepetible en la comunicación discursiva (creadora)” (1979/2011, p. 309).

El autor precisa la idea al plantear que en una *explicación* actúa en una sola conciencia y un solo sujeto; en cambio en la *comprensión*⁶ actúan dos conciencias, dos

⁶ Muchos son los teóricos (Dilthey, 1984; Schurz, 1990) que han separado los fenómenos de explicación y comprensión. La primera es entendida dentro del marco de un monismo material y determinístico, característico de la física del siglo XIX; La segunda, contrapone a aquella visión mecanicista de los fenómenos psíquicos el proceso epistémico de la comprensión al exigir la contextualización histórica de los fenómenos psíquicos.

sujetos. Esto permite situar el lugar de la alteridad, pues es sólo a propósito de ella que podemos comprender y establecer relaciones dialógicas. La comprensión de un enunciado incluye la respuesta de otro y por consiguiente, una valoración. Las relaciones dialógicas son relaciones de sentido entre los enunciados de la comunicación discursiva, es decir, cualesquiera dos enunciados confrontados en el plano del sentido entablan una relación dialógica (Bajtín, 1979/2011, p. 306). El sentido acá tiene que ver con las respuestas a las preguntas, pues lo que no responde a ninguna pregunta, carece de sentido. En palabras de Tatiana Bubnova:

“Las voces de las que habla Bajtín son constructoras del sentido de nuestras enunciaciones por incitarnos a la respuesta (...) para forjar un nuevo sentido a partir de las voces ajenas nos involucramos en un proceso de comprensión de lo que se dijo antes de nosotros, y tratamos de oír, anticipándola, la posible respuesta de nuestros interlocutores” (2006, p. 102).

Resultan interesantes las sugerencias que hace la autora mexicana, ya que propone que el dominio del discurso incluye no sólo lo vocalizado, sino también los gestos y las expresiones corporales, las pausas, las ausencias, las respuestas tácitas, los sentidos mudos, las imágenes, etc. “En estas formas silentes algo se dice, algo que no suena se expresa” (Bajtín, 1979/2011, p. 352; Bubnova, 2006, p. 105). Esto nos permite considerar la invitación bajtiniana a escuchar la alternancia y el encuentro entre el sonido y el silencio, pues sólo aquello que responde a alguna pregunta tiene sentido. El sentido entonces es la respuesta a algo dicho anteriormente y es algo que a la vez puede ser respondido de nuevo. De esta manera, la voz posee un significado personalizado, pues no sólo rompe el silencio mediante un sonido, sino mediante la palabra logrando un acto personalizado y pleno de sentido. Sin embargo, es fundamental relevar el constante devenir del sentido generado por el acto-respuesta, pues cambia en el tiempo y espacio al ser contestado y retomado por otros. Es justamente lo anterior lo que hace que las relaciones de sentido sean –finalmente- relaciones dialógicas.

Como ya se planteó, una relación dialógica implica dos sujetos con sus respuestas, valoraciones y tomas de posición; Pero también implica un tercero potencial, es decir, un

tercero en el diálogo que no participa, pero comprende. Esto, del mismo modo que el segundo en el diálogo, no se refiere a un tercero en un sentido literal, aritmético, porque además de un tercero pueden presentarse un número infinito de participantes en el diálogo. Acá el tercero también es destinatario del enunciado, en palabras de Bajtín, es un “destinatario superior” pues supone una comprensión de respuestas idealmente certeras en un espacio metafísico o en un tiempo históricamente lejano. Sin embargo, agrega que el tercero señalado “no es algo místico o metafísico, sino que se trata de un momento constitutivo del enunciado completo que se pone de manifiesto en un análisis más profundo del enunciado mencionado” (1979/2011, p. 315). Si bien el literario soviético discute que nunca se puede juzgar y definir totalmente la voluntad de los destinatarios, presupone siempre cierta instancia superior en la comprensión-respuesta, instancia que puede ubicarse en diversas direcciones. De este modo, el tercero propuesto por Bajtín podría pensarse también como alteridad que constituye al hablante en ser quien es.

Para Bajtín, lo tercero pareciera ser un “lugar” que se constituye en la interacción, es aquel fondo de comprensión-respuesta al que se dirigen las palabras y que al mismo tiempo posibilita y sostiene la relación dialógica, el encuentro de sentidos. Esto crea un encuentro único al generar un contexto que permite inaugurar una relación singular. De este modo:

“Cada diálogo se efectúa como si existiera un fondo de comprensión-respuesta de un tercero que presencia el diálogo en forma invisible y que está por encima de todos los participantes del diálogo (Cfr. La equiparación de una cárcel fascista o del infierno a una situación en la que uno no es escuchado por nadie, a una ausencia absoluta del *tercero*, en Thomas Mann)⁷” (Bajtín, 1979/2011, 315).

La idea y las reflexiones en torno al lugar del tercero en el diálogo responden a la naturaleza de la palabra, que siempre quiere ser oída, que siempre busca comprensión

⁷ En las notas del libro de Bajtín, se comenta que en *Doktor Faustus* cap. xxv de Thomas Mann, ocurre una plática con Adrian Leverkühn, en la que el diablo describe el infierno como “una bodega profunda, impenetrable para el sonido, oculta del oído de Dios”.

como respuesta y que no se detiene en una comprensión más próxima sino que sigue adelante de manera ilimitada. El autor nos dice que “la muerte absoluta (el no ser) es no ser oído, no ser reconocido, no ser recordado” (Bajtín, 1979/2011, p. 324). Para la palabra, y para el hombre, no existe nada peor que la ausencia de respuesta. Si bien una palabra llega a ser real –para otro y para sí mismo- en la medida en que es expresada hacia otro, éste no es únicamente el prójimo (el destinatario, el segundo), sino que la palabra, en su búsqueda de la comprensión-respuesta, sigue siempre adelante. Podríamos pensar que lo tercero es el lugar que busca este impulso, esta orientación, es el fondo al que se quiere llegar para poder comprender dialógicamente y seguir avanzando y atando el discurso.

El desarrollo anterior nos invita a pensar respecto de la posición de lo tercero, pues el hecho de ser –también- destinatario, nos permite pensarlo como alteridad, y entablar entonces una relación con lo dicho y a la vez con el autor que dice. El acontecimiento de la enunciación en tanto proceso vivo, cambiante y siempre eterno, posibilita la singularidad de una relación dialógica donde hay tres involucrados. Lo tercero en tanto espacio terapéutico, posibilita el decir, sostiene, comprende y funciona como puente y eslabón hacia nuevas comprensiones y significados. Lo tercero colabora con una suerte de cronotopía (Bajtín, 1979/2011), es decir, le da a la voz un arraigo espacio temporal único.

Polifonía y Heteroglosia en lo tercero

En su búsqueda por representar el mundo humano, Bajtín (1975) toma la metáfora musical de la polifonía. Plantea que toda palabra (enunciado) está poblada de voces ajenas, está enredada por puntos de vista e ideas comunes, está en un medio donde las palabras y valoraciones están dialógicamente agitadas y tensas. Entre ellas se entretajan, cruzan, funden, rechazan, etc. “La polifonía en su relación con el diálogo se refiere a la *orquestración* de las voces en un diálogo abierto, sin solución” (Bubnova, 2006, p. 107).

Lo tercero en tanto alteridad constitutiva del discurso, la palabra y el sujeto, es lugar de anidación de voces, es otro insumo que aporta con nuevas voces que permiten ampliar las posibilidades, salir del monólogo explicativo y transitar hacia un discurso dialógico

comprensivo. Lo tercero habita y posibilita un campo polifónico que es exceso, y en ese exceso es que aparece la posibilidad de la diferencia, de la creación, de la novedad, de la dialogicidad, del encuentro de la continuidad con la discontinuidad, del quiebre, la fisura, la fuga. En otras palabras, la polifonía que constituye al tercero implica una pluralidad de voces autónomas que conviven y no son reducibles a un denominador común. Cada una de ellas constituye un ser vivo diferente, una posición subjetiva diferente, co-habitan la atmósfera del decir. Esto nos lleva a pensar en que esta atmósfera del decir o campo de enunciación, siempre está poblado de voces, significados, tomas de posición y valoración; sin embargo, la emergencia de ello es dialógica, está determinada por la cadena discursiva, por lo que viene antes y después, por el contexto en el que son dichas las palabras, por las personas frente a quién son dichas, y por el sentido que tienen y adquieren.

La alteridad en la constitución subjetiva según Paul Ricoeur

Tal como se introdujo en el primer capítulo, uno de los grandes filósofos que han contribuido a las ciencias sociales ha sido el francés Paul Ricoeur (1913-2005), quien con sus aportes teóricos de identidad narrativa y de la importancia tiempo en la narración, dio un giro en la comprensión hermenéutica del sujeto. Inspirado en los filósofos de la sospecha (Marx, Freud y Nietzsche), logró interesantes desarrollos en el ámbito del desarrollo identitario del sujeto.

Los desarrollos del autor se sitúan en la hermenéutica francesa y por ende, en la crítica a la representación, a la concepción dualista de lo verdadero y lo falso en tanto profundidad y superficialidad del aparato mental respectivamente. Ricoeur (2008) invita a pensar ya no en una identidad estable y única, sino en una “concordancia discordante”, en el juego entre la tendencia a la sedimentación de la mismidad (mismo) y el asedio de la discontinuidad, de la diferencia de sí (ipse). Subraya con énfasis el carácter narrativo pues la identidad es un proceso intermitente que aparece sólo en la medida que es narrada. En sus palabras:

Decir la identidad de un individuo o de una comunidad es responder a la pregunta: ¿Quién ha hecho esta acción? ¿Quién es su agente, su autor? Hemos respondido esta pregunta nombrando a alguien, designándolo por su nombre propio. Pero, ¿cuál es el soporte de la permanencia del nombre propio? ¿Qué justifica que se tenga al sujeto de la acción, así designado por su nombre, como el mismo a lo largo de una vida que se extiende desde el nacimiento hasta la muerte? La respuesta sólo puede ser narrativa. Responder a la pregunta ¿quién?, como lo había dicho con toda la energía Hannah Arendt, es contar la historia de una vida. La historia narrada dice el quién de una acción. Por lo tanto, la propia identidad del quién no es más que una identidad narrativa” (Ricoeur, 1985/2009, p. 997)

El planteamiento ricoeuriano de la identidad se juega por un lado en la búsqueda de una narración que nos permita identificar al *quién* de la acción, y por otro, en el asumir que la historia de una vida que le da paso a la identidad es larga, “se extiende del nacimiento a la muerte” y por lo tanto asume un carácter móvil, discontinuo y cambiante.

El autor plantea la subjetividad como una tensión dialéctica y responde a la demanda identitaria fluctuante y nunca quieta, con su identidad narrativa. Ésta aparece como una salida posible ante el conflicto entre lo mismo y la diferencia. Es una identidad que se constituye a través del conflicto, en el encuentro. Su propuesta principal es la de sustituir el *mismo* (idem) por el *sí-mismo* (ipse), ya no como mismidad, sino como ipseidad en tanto posibilidad de la diferencia de sí mismo, del cambio y la mutabilidad de la cohesión de una vida. De esta manera, se aleja de las nociones identitarias de centralidad, estabilidad, unicidad y estructura, proponiendo una identidad que se constituye *en* la alteridad, *en* el encuentro con la diferencia, una diferencia no sólo respecto de otros, sino respecto de sí mismo –pues aparezco como otro en el texto-.

Lo anterior permite la posibilidad y el cambio respecto de aquella vida que se venía viviendo y de aquel sujeto que se venía siendo. Así, la identidad narrativa ricoeuriana posibilita el despliegue de una narrativa de sí mismo que des-ata el constreñimiento con la intención de que en el encuentro entre la mismidad y la diferencia, se genere un nuevo

relato que integre la posibilidad de ser con aquellas fronteras e historia que han hecho ser quien soy. Esto se vuelve interesante para el objetivo de la presente tesis pues nos invita a volver –ahora con Ricoeur- a considerar que el sujeto se constituye en la alteridad, con el otro. De esta manera, la consideración del sujeto abierto a lo mismo y a la diferencia permite considerar la continuidad y discontinuidad, el flujo, el vaivén, el constante movimiento. El espacio psicoterapéutico se transforma entonces en una alteridad que constituye tanto al terapeuta como al consultante. Esto debido a que ambos son sujetos de la relación, ambos participan, ambos se encuentran.

La intención del presente capítulo es poder generar lecturas teóricas acorde al enfoque sistémico relacional, con la intención de aportar en el camino que comienza a transitar este enfoque. Es decir, la consideración del proceso de subjetivación como un proceso que se erige en una doble dirección: por un lado la tradicional noción relacional e intersubjetiva; y por otro, la consideración más novedosa de ciertas teorías de la subjetividad que nos ayudan a pensar la dimensión intrasubjetiva y singular. Todo esto, con el propósito de generar luces y avances teóricos, prácticos y éticos que conciernen e interpelan a la psicoterapia sistémica relacional actual.

III. Terceridad

Tal como se ha desarrollado hasta ahora, resulta fundamental dar cuenta del giro que se ha ido produciendo en la práctica clínica en general y sobretodo en la sistémica. La consideración de los procesos de subjetivación -y ya no sólo de las relaciones con otros-, han conquistado nuevos terrenos en el campo de la psicología sistémica. Así como el psicoanálisis ha comenzado a considerar el contexto social, cultural y político; la sistémica ha comenzado a considerar el espacio individual. Pareciera que cada uno está re-tomando aspectos que habían sido olvidados dada la demanda y el momento histórico en el que fueron creados. Es así como en la presente tesis hemos decidido bordear los límites de ambos enfoques disciplinarios sin temer encontrarse o distanciarse demasiado. Como se ha planteado, tal vez la razón más fuerte que nos invita a considerar planteamientos psicoanalíticos, tiene que ver con sus recientes aproximaciones a la hermenéutica y a la teorización respecto de la relación terapéutica como un espacio de sentido construido en común, del que tanto terapeuta como consultante son parte y se ponen en juego para generar una relación compartida. De este modo, es a través de la hermenéutica lo que nos permitirá, por un lado, pensar la subjetividad, y por otro, aproximarnos a la relación terapéutica entendida como un sostén generativo para desplegar nuevos discursos, reconocimientos y formas de ser en el mundo. Es decir, este capítulo intentará considerar cómo la hermenéutica posibilita una relación de terceridad que nos ilumine en el trabajo terapéutico cotidiano.

Como se revisó en el capítulo anterior, los pensadores que más nos han ayudado a aproximarnos a la dimensión de la subjetividad y a desplegar una comprensión hermenéutica desde la práctica sistémica relacional, han sido Mijael Bajtín y Paul Ricoeur. Si bien ninguno de ellos ha sido psicólogo, sí han teorizado respecto del ser humano, sus interacciones y desarrollo. Son específicamente sus concepciones hermenéuticas las que inspiran a pensar la clínica desde otro foco, pues al compartir el supuesto anti estructural y anti reduccionista nos permiten considerar la subjetividad como un continuo proceso existencial de seguir-siendo, dejando atrás la idea de que la identidad es un estado que se ha alcanzado de una vez y para siempre. Con los autores proponemos y adherimos a la idea

de pensar en la identidad como aporética, múltiple, dinámica, in-esencial, polifónica, discontinua y fisurada.

Con Bajtín (1986/2005), como ya hemos revisado en los capítulos anteriores, nos acercamos a una perspectiva que concibe al individuo como *siendo en* el lenguaje. Propone la concepción del lenguaje como realidad social ideológica, en cambio y siempre viva. La palabra no pre existe al habla, está encarnada en un hablante, un autor y está siempre dirigida a alguien, a un otro real y/o imaginario. La enunciación contiene muchas voces previas que han pronunciado esas palabras, así como la valoración del autor hacia esas ideas expresadas, no sólo respecto del objeto mismo, sino también respecto de sí, de la relación y de otros encarnados en las voces que la enunciación trae tácita o explícitamente. De esta manera, la palabra enunciada nunca es monovocal, sino que es habitada por todas las voces, los usos y los múltiples contextos. El autor soviético reconoce que el ser humano tiende constantemente a la centralidad de la descripción de sí mismo haciendo intentos hacia el logro de una coherencia (lo centrípeto en el discurso), sin embargo, esta tendencia es –sólo en ocasiones- vencida por las fuerzas centrífugas, que pugnan siempre por salir a la luz. En estas dos fuerzas, Bajtín resume su visión de una identidad relacional, dialógica, siempre cambiante e irresoluble:

“El proceso de centralización y descentralización, de unificación y des-unificación, interseca el enunciado (...) Junto a las fuerzas centrípetas, las fuerzas centrífugas del lenguaje realizan su trabajo sin interrupción; Junto a la centralización y unificación verbal ideológica, los procesos ininterrumpidos de descentralización y des-unificación seguir adelante” (1981/2004, p. 272).

Lo anterior, posibilita la consideración del carácter múltiple y polifónico de la subjetividad. Se podría plantear que la identidad se pone en juego en el encuentro entre la captura y la fuga, en el asedio de la interrupción de las fuerzas centrípetas por la irrupción de las fuerzas centrífugas del lenguaje. Decir lo anterior es asumir, en palabras de Derrida (1989), la condición aporética, contradictoria, cambiante y nunca acabada del sí mismo.

Por otro lado, pero en el mismo camino, la propuesta principal de Ricoeur: la identidad narrativa, contiene fisuras y es inestable, pues la “operación narrativa implica un concepto totalmente original de identidad dinámica que compagina (...): la identidad y la diversidad” (2008, p. 141). Para el autor, la identidad narrativa es un proceso que se hace y deshace, la narración le da a la experiencia vivida la posibilidad de ser inteligible y de poder escapar a la sedimentación de la continuidad a la que tendemos. En otras palabras, nos propone que la identidad narrativa no es continua, sino que fluctúa y media la aparición de la mismidad y la diferencia, ayudándonos así a comprender que el conocimiento de sí, no es el denunciado por las hermenéuticas de la sospecha, sino el fruto de una vida examinada (Ricoeur, 2009).

Hermenéutica

La hermenéutica, el estudio de la interpretación, funcionaba históricamente como una disciplina complementaria a la teología y la historia. Su origen proviene de Hermes, el dios griego mensajero en La Ilíada y La Odisea, las principales poesías épicas griegas. La historia cuenta que Hermes llevaba mensajes de Zeus a todos los demás, especialmente del ámbito divino hacia abajo, el nivel humano. Al hacerlo, tenía que salvar una brecha ontológica, es decir, una brecha entre el pensamiento de los dioses y de los humanos. Según la leyenda, él tenía (1) un misterioso casco que lo volvía invisible y luego lo hacía reaparecer súbitamente, (2) sandalias con alas mágicas que le permitían recorrer rápidamente grandes distancias, y (3) una varita mágica con la cual podía hacerte dormir o despertarte (Palmer, 2002). Así, él no sólo sorteaba distancias físicas y ontológicas entre lo divino y lo humano, sino que podía salvar diferencias entre lo visible e invisible, los sueños y la vigilia, lo inconsciente y lo consciente. Es el dios de las percepciones, ideas e inspiraciones repentinas; es el dios de las brechas, los márgenes y los límites. Estos antecedentes le permitieron a Hans-Georg Gadamer (1900-2002) convertir a la hermenéutica en una filosofía general de la comprensión dialógica que sirve a la filosofía, la psicología, las ciencias sociales y más.

“Gadamer aportó la hermenéutica filosófica para ayudar a librarnos de nuestra esclavitud de un modelo de ciencia natural del entendimiento en las ciencias humanas y así nos mostró una alternativa a los reduccionismos tentadores” (Orange, 2013).

Con lo anterior, la autora nos invita a considerar los planteamientos gadamerianos con la intención de abocarnos a una hermenéutica que se disponga a escuchar y aprender de la voz del otro, generando así una filosofía clínica que pueda iluminar a todo terapeuta. Sin embargo resulta interesante plantear algunas nociones hermenéuticas que nos han permitido ubicar la comprensión desde una situación vivencial en el encuentro con otro, y no en una mente interna, rehusando de esta manera a la concepción dualista de verdad y falsedad, y aceptando entonces la ambigüedad que constituye al individuo y el intento de ser honesto en el proceso identitario. De este modo, el filósofo critica la búsqueda de verdades metódicas y certezas exactas al plantear que:

“La hermenéutica es un proceso dialógico de ir-y-venir de comprensión que se busca en la conversación entre mundos de experiencia que siempre existen dentro de las tradiciones a las que pertenecemos. El significado ocurre. Hay algo absurdo en toda esa idea de una interpretación única y correcta” (Gadamer, 1960/2002, p.118).

Debido a esta lectura, se podría interpretar porqué poco a poco los psicoanalistas se han distanciado del enfoque tradicional que los representaba, intentando buscar una práctica hermenéutica que incluya la toma de conciencia de la propia historia, tradición, formación y cultura propia. En esta invitación, nos acercamos más a la sistémica que desde los inicios incorporó el reconocimiento de las relaciones y condiciones contextuales, históricas, socio políticas y culturales.

Si bien hemos intentado hasta aquí plantear y considerar una hermenéutica que sea común a toda práctica terapéutica, es interesante esbozar brevemente la tensión que hay dentro de la misma disciplina. En palabras del mismo Ricoeur (1970):

“El campo de la hermenéutica está “en guerra” consigo misma (...) hay una hermenéutica de la sospecha y una hermenéutica de la fe o restauración de significado. Para mí, la hermenéutica parece estar animada por esta doble motivación: disposición a sospechar, disposición a escuchar; voto de rigor, voto de obediencia” (p. 27).

Resulta interesante pensar respecto de esta “guerra” intradisciplinar, pues quizás lo más generativo sea pensar que no se puede dar la una sin la otra. Por sospecha, el autor quería decir no tanto el interpretar despreciando o en tono despectivo, ni interpretar las motivaciones detrás de las personas como si sólo quisieran el mal, sino que sospechar era buscar las motivaciones detrás de las afirmaciones: impulsos, intereses de clase, deseos de poder. Lo que Marx, Nietzsche y Freud (principales autores de la “escuela de la sospecha”) tenían en común era “la decisión de considerar toda la conciencia principalmente como una ‘falsa’ conciencia” (Ricoeur, 1970, p.33), sin embargo, según el filósofo ellos no eran escépticos sino libertadores. La teoría del significado de Freud asume que la conciencia siempre disfraza y niega la verdad, enfrentando así el constante esfuerzo no de revelar sino de ocultar. La invitación que hace Donna Orange en su último libro es a no caer en una hermenéutica de la sospecha total pues eso tiene costos: la actitud de sospecha y escepticismo sitúa al terapeuta en una distancia con el consultante que hace objetivarlo y reducir sus experiencias en categorías. Además plantea que una actitud terapéutica desconfiada puede enseñarle al paciente a tener esa misma actitud respecto de sí mismo, y por último, esa actitud haría a los terapeutas alejarse también de su propia experiencia, “estando emocionalmente menos disponible para mis pacientes y a su vez más inclinada a abordarlos con escepticismo y una actitud velada de superioridad” (2013, p. 29). A propósito de su distancia con ese modo de entender la “hermenéutica de la sospecha”, la autora propone que practiquemos y adhiramos a una “hermenéutica de la confianza”, sin embargo aclara su posición:

“Permítanme decir también que yo creo que la hermenéutica de la sospecha, la desmitificación y el desenmascaramiento son importantes e inevitables. Este enfoque nos enseña a tomar nota del discurso político que esconde opresión y discriminación. También es inevitable en cualquier psicoterapia

sintonizada con la complejidad y profundidad de la vida psicológica, “sospechar” que ocurren más cosas de las que se ven a simple vista. Me refiero más frecuentemente a la “escuela de la sospecha” para significar su uso extendido o predominante. Pero para una práctica terapéutica, la sospecha siempre debe mantenerse anidada dentro de una hermenéutica de la confianza, transformándose en un cuestionar y arriesgar prejuicios dentro de un proceso dialógico” (2013, p. 30).

Si bien la propuesta de la autora se distancia de los planteamientos más estrictos de Ricoeur, reconoce que -a la vez- los utiliza constantemente. Sin embargo, Orange sitúa la hermenéutica dialógica de la comprensión de Gadamer como la principal voz de sus ideas respecto al vuelco de la comprensión a través de la confianza, distanciándose de Ricoeur al expresar que toda hermenéutica consiste en y depende de la participación de un mundo común. Es decir, su hermenéutica de la confianza se basa -tal como lo conversó Gadamer y Derrida en 1981 (Michelfer & Palmer, 1989)- en contar con la buena voluntad de ambos participantes en el diálogo a medida que buscamos significado y verdad. Más aún, se espera que el significado sea tanto transparente como oculto, que esté ahí para ser descubierto y emerja en el proceso dialógico. Con estas ideas se hace necesario advertir el peligro de generalizar y llevar al extremo los distintos enfoques hermenéuticos, pues lo relevante de las consideraciones de Orange (2013) es su doble lectura, cómo usa la sospecha en la relación de confianza, para entonces poder acercarse a una práctica que esté:

“interesada en un conjunto de actitudes y valores hacia nuestro trabajo y hacia desconocidos que sufren que acuden a nosotros. Estas actitudes pueden crear un clima en que ellos pueden aprender –quizás por primera vez- que algunas partes del mundo humano son seguras y confiables y que pueden confiar en su propia experiencia de ese mundo” (p. 33).

Estas palabras iluminan el trabajo y el entendimiento de la pregunta por la hermenéutica en la relación terapéutica. Pensar en la posibilidad de generar una relación confiable, donde ambos se sientan seguros y parte de un mundo común, es lo que permitirá considerar la subjetividad desde aquel tercer lugar creado entre ambos.

Terceridad

El lugar de lo tercero, tal como fue introducido en el primer capítulo, ha sido vastamente desarrollado por el enfoque psicoanalítico intersubjetivo y relacional. Autores contemporáneos han propuesto con novedad conceptos como “terceridad” (Benjamin, 2002, 2004), para pensar la clínica y el espacio psicoterapéutico. Sin embargo, es importante introducir el giro hermenéutico que ha dado el psicoanálisis al desarrollar nuevos enfoques como el intersubjetivo, para luego abordar las principales propuestas de quien inspiró esta teoría y práctica, el psicoanalista inglés Donald Winnicott. Luego la intención será dar a conocer algunas propuestas de las dos principales representantes del psicoanálisis intersubjetivo actual: Donna Orange y Jessica Benjamin, para entonces poder relacionarlas con nuestra práctica clínica desde la sistémica relacional al re-visitar los planteamientos de Bajtín que nos permiten pensar en el tercer lugar que existe en la relación psicoterapéutica.

El advenimiento del psicoanálisis relacional ha implicado reconocer ciertas diferencias con el psicoanálisis tradicional. Siguiendo este camino, la reconocida psicoanalista Donna Orange ha colaborado con interesantes aportes teóricos del ámbito psicológico y filosófico para el desarrollo del enfoque intersubjetivo y la psicoterapia en general. En su reciente libro *“El desconocido que sufre, hermenéutica para la práctica clínica cotidiana”* ella plantea que:

“Nos hemos apartado en gran medida del psicoanálisis de Freud basado en la ciencia natural cuyas “interpretaciones” explicaban al paciente sus complejos y conflictos basados en los instintos. El analista solía ser la silente y distante autoridad experta en los conflictos inconscientes del paciente sobre el sexo y la agresión, el arqueólogo excavador de las profundidades. Ahora, en cambio, la mayoría trabajamos dialógicamente, esperando entender mejor el sufrimiento a través de su trasfondo en la experiencia intersubjetiva vivenciada en vez de explicar o traducir los contenidos “mentales” inconscientes” (2013, p. 4).

La autora propone una relación terapéutica donde ambos puedan sentir ese sufrimiento, donde el terapeuta pueda “vivir-con” el otro el dolor experimentado. Porque una conversación que conduce a una comprensión compartida de la vida del paciente no deja a ninguno de los dos sin sufrir cambios. Orange (2013, p.24) nos invita a desarrollar una sensibilidad clínica hermenéutica que implicaría:

- (a) Un fuerte sentido de la propia situación –incluyendo las propias teorías, historia personal y organización de la personalidad- que constante e inevitablemente conforma y limita nuestra comprensión actual y nuestra capacidad de entender a un paciente en particular.
- (b) Un sentido del mundo o sistema vivencial: el de uno, el del paciente y aquel formado en conjunto con el paciente.
- (c) Un fuerte sentido de la complejidad que resiste a todas las formas de reduccionismo y racionalidad técnica en el trabajo clínico.
- (d) Una sensibilidad a los lenguajes de la experiencia personal, incluyendo sus contextos no verbales y formas de expresión.
- (e) Un fuerte sentido histórico-desarrollista que da, en general, igual énfasis al pasado y al futuro, es decir, una sensibilidad que presta atención a los procesos de emergencia durante todo el proceso clínico.
- (f) Un sentido de que la comprensión es aplicación (vale decir, la comprensión, en el más amplio sentido de la palabra, es curativa).
- (g) Un sentido de vocación y devoción similar a la “práctica rigurosa” de Schleiermacher (1977). Para él, el malentendido ocurre como una cosa común, de modo de la comprensión debe ser deseada y buscada en cada momento.

Considerando los vuelcos anteriores, cobra relevancia revisar la teoría de Donald Winnicott, pues con él comienza una nueva lectura del psicoanálisis al distanciarse del ámbito de la mente reificada y localizada, pues dice que no existe localización de un yo mental y no hay ninguna cosa que se pueda llamar mente (1958). Dado lo anterior, inaugura los primeros desarrollos respecto del lugar de lo tercero como espacio transicional. Plantea que el individuo está marcado por una profunda tensión entre dos posibilidades existenciales, “ser verdaderamente” y “ser modelado por”. Propone que el

“ser” verdaderamente constituye la salud, y que ésta tiene como condición el desarrollo de la creatividad, en la medida que aquella constituye lo humano propiamente tal. La creatividad es para Winnicott condición para estar vivo verdaderamente (1971). Si ésta se ve mermada por enfermedad o factores ambientales, no se está viviendo, sólo se existe, tal como existen los animales y otros seres de la naturaleza. En otras palabras, asocia la enfermedad a la imposibilidad de poder jugar y ser creativo, y con ello, la posibilidad de poder desarrollar el espacio transicional.

El psicoanalista inglés propone que en un primer momento el bebé “es”, al modo de “lo informe”, utilizando este concepto del mundo de la costura que refiere a la tela antes que se le aplique el molde, se la corte y cosa. Describe de este modo un estado no intencional del ser, cuya permanencia es fundamental para el desarrollo de la creatividad. Esta se logra a través de la experiencia de un vínculo de confianza que refleje “lo informe”. La experiencia, que es inaugurada en la relación entre el bebé y su madre, constituye el origen de un lugar, una *tercera zona*, distinta del mundo interno y la realidad externa, a la que Winnicott llama espacio transicional o espacio potencial (1971). Este lugar, es el escenario del juego y la experiencia cultural, y en él niños y adultos están en libertad de ser creadores.

Desde estos planteamientos es interesante pensar en el aporte que ha generado el autor para la psicoterapia, pues con ellos se ha propuesto el espacio terapéutico como un espacio transicional, un espacio potencial que promueva la creatividad. Así, la psicoterapia se transforma en un espacio de juego a través del diálogo, de creatividad en tanto permita pensar-se distinto y en tanto sea posibilidad y puente para la emancipación y libertad respecto de los propios discursos de uno mismo.

En la misma línea argumental, señala que en el juego el ser humano se experimenta como creador, como “siendo realmente”. Sin embargo enfatiza que lo importante es el espacio íntimo que surge en una relación que se percibe como digna de confianza. Se diferencia de la teoría pulsional freudiana al proponer que el centro de acción que constituye al ser humano como tal, no emerge desde las profundidades del *ello*, sino que se

ubica en la *tercera zona*, que no es interna ni externa, sino que nace de la experiencia de la relación con otro.

“La psicoterapia se da en la superposición de dos zonas del juego: la del paciente y la del terapeuta. Está relacionada con dos personas que juegan juntas. El corolario de ello es que cuando el juego no es posible, la labor del terapeuta se orienta a llevar al paciente, de un estado en que no se puede jugar a uno en que le es posible hacerlo.” (Winnicott, 1971, p. 61)

Así se introduce un giro en la práctica psicoanalítica, dando un papel central a la experiencia por sobre la interpretación. De alguna manera la consigna freudiana de hacer consciente lo inconsciente sostiene un llamado a articular representacionalmente aquello no articulado, que amenaza con emerger a modo de síntoma, sugiriendo que la cura se dará a ese nivel. La propuesta winnicottiana introduce el juego como la base de la cura, posiciona la acción creativa como el mecanismo que permite el cambio, cuya dirección es “ser verdaderamente”. Esto podría ocurrir en la medida en que la madre/ambiente pueda reflejar lo “informe” en un vínculo de confianza que no imponga su propio mundo representacional y le muestre lo que es.

Su propuesta nos invita a considerar la psicoterapia como un espacio transicional donde se pueda jugar y promover un vínculo de confianza que le permita al paciente “ser” y al terapeuta reflejar ese “ser”, inaugurando así, un espacio transicional. Lo anterior se podría asociar a los juegos de lenguaje propuestos por Wittgenstein (1999) en tanto las afirmaciones sólo tienen sentido en el contexto de significado de una comunidad. Asimismo se puede asociar a los planteamientos bajtinianos desarrollados en el capítulo anterior, al considerar la condición heteroglífica del espacio, condición que posiciona al contexto sobre el texto, es decir, que le otorga el significado según las condiciones temporales y materiales donde se dice lo que se dice.

Jessica Benjamin, otra importante psicoanalista del enfoque intersubjetivo, se inspiró en algunas ideas winnicottianas, sin embargo no todos sus desarrollos coinciden con la teoría del objeto transicional. Su propuesta fundamental tiene que ver con una consideración intersubjetiva del tercero, más allá del paciente y del terapeuta. Por

intersubjetividad se refiere a una relación de mutuo reconocimiento donde cada uno – como sujetos separados- es capaz de experimentar al otro como “sujeto”, como otro con otra mente con la que “podemos sentir con” (2004), es un sistema de influencia recíproca, “un campo psicológico formado por la interacción de mundos de experiencia” (Stolorow and Atwood 1992, p. 3, en Benjamin, 2004).

Lo que nos hace considerar los planteamientos del psicoanálisis relacional, es su aproximación hermenéutica a la psicoterapia. Aproximación que también esperamos desde una psicoterapia sistémica relacional. Como ya vimos, Orange (2013) trabaja la noción de hermenéutica considerando los planteamientos de Hans-Georg Gadamer, y con él propone que:

“La hermenéutica es –el arte de llegar a un entendimiento- de algo o con alguien... este “llegar a un entendimiento” de nuestras situaciones prácticas y de lo que debemos hacer en ellas no es monológico; más bien, tiene el carácter de una conversación. Estamos tratando el uno con el otro. Nuestra forma humana de vida tiene un carácter “yo y tú” y un carácter “yo y nosotros” y también un carácter “nosotros y nosotros”. En nuestros asuntos prácticos dependemos de nuestra capacidad para llegar a un entendimiento. Y el llegar a un entendimiento ocurre en una conversación, en un diálogo” (Gadamer, Dutt y Palmer, 2001, p.79).

Respondiendo en estos términos, podríamos pensar que la terapia en tanto conversación y diálogo es una hermenéutica, es una conversación donde se intenta comprender al otro desde la relación que establecen.

Asimismo, Benjamin (2004) enfatiza que la experiencia de dialogar y percibir al otro como otro distinto de uno, como otro con el que establezco una relación recíproca y de influencia mutua, pero que no es un igual a uno mismo, es una experiencia hermenéutica. Propone la metáfora de la doble direccionalidad de las calles, con el fin de alertarnos respecto de la confusión que se tiene al transitar por una calle de una sola vía. Enfatiza que sólo es posible percibir la doble direccionalidad desde un punto de vista externo, desde el *lugar del tercero*. Sin embargo su novedad radica en que no propone ese lugar como una

“cosa” que crea otro punto de referencia, sino que lo considera como un *proceso de creación de la terceridad* –esto es, construyendo sistemas relacionales y desarrollando capacidades intersubjetivas para esa co-creación-.

“Pienso en términos de la terceridad como una cualidad de la experiencia de la relación intersubjetiva que tiene como correlato cierto tipo de espacio mental interior; este espacio está íntimamente emparentado con la idea de Winnicott de espacio potencial o transicional” (Benjamin, 2004, p.8).

Con lo anterior la autora sugiere no reificar el tercero y no considerarlo como una cosa o una norma técnica, sino que considerarlo como un principio, función o *relación*. En este espacio de la terceridad, no nos aferramos a otro, sino que usamos esa terceridad, nos entregamos a ella. En otras palabras, la autora plantea que *lo tercero* es aquella relación a la que nos entregamos, a la que cedemos; y *la terceridad* es aquel espacio mental que se crea a propósito de ese entregarse a esa relación particular. En los planteamientos de Benjamin (2004), ese entregarse es un dejarse ir, es un ceder respecto de sí mismo. Propone que ese juego debe ocurrir recíprocamente, en cada participante de la relación; sin embargo, propone que el mayor desafío es para el terapeuta pues invita a que en el mismo tiempo en que el ceder ocurre, éste debe tener la capacidad de considerar el punto de vista o realidad del otro. Por lo tanto, este ceder implica por un lado la conexión con el otro, y por otro, el reconocimiento del otro en tanto otro diferente y separado de mí. La autora enfatiza que la cesión no se aplica a *alguien concreto*⁸ sino que es un dejarse ir para entrar en la relación con otro, lo requiere un tercero en tanto proceso mediador entre el sí mismo y el otro. En palabras de la autora:

“Mi meta es considerar, por encima de todo, la cesión del analista. Deseo ver de qué manera facilitamos nuestra cesión y la del paciente si trabajamos de manera consciente para construir un tercero compartido –o dicho de otra manera, cómo nuestro reconocimiento de la influencia mutua nos permite crear juntos la terceridad” (2004, p.9).

⁸ Cursivas en el original.

La psicoanalista americana enfatiza la aceptación de la propia contribución en la relación, ya que de este modo, la participación bidireccional se convierte en una experiencia vívida, algo que se puede comprender y usar en la relación. Así, el ceder al principio de influencia recíproca en la interacción hace posible tanto la acción responsable como el reconocimiento; y esta acción es la que permite que el otro exterior y diferente se presente frente a nosotros (Winnicott, 1971) y nos muestre cómo aparecemos. Este ceder es lo que abre el espacio de la terceridad, lo que permite entrar en conexión; pues el único tercero utilizable, por definición, es el compartido. Benjamin (2004) sostiene que la terceridad no es instituida literalmente por el padre -o por cualquier otro- como tercera persona, es decir, no se puede originar en la relación edípica freudiana en la que el padre aparece como prohibidor y castrador. Sino que “es más bien la madre o el progenitor primario, quien debe crear dicho espacio siendo capaz de mantener la tensión entre su subjetividad/deseo/conciencia y las necesidades del niño” (2004, p.12). La cesión ocurre ante la necesidad del otro, no es una sumisión ante la demanda tiránica de otra persona. Esto nos vuelve a recordar el foco y la importancia que le da la autora al ceder, cooperar y generar una relación de reciprocidad, pero siempre manteniendo la posición de terceridad con el fin de transmitírsela al paciente para así poder ayudar en la regulación del mismo. Es decir, el consultante se siente calmado porque el terapeuta no está sufriendo, sino que está reflejando una comprensión de *sus* sentimientos (los del consultante).

Agrega que en su concepción de terceridad, el reconocimiento no se constituye de entrada por el lenguaje verbal; sino que comienza por la experiencia no verbal temprana de compartir un patrón, una danza, con otra persona (Benjamin, 2004). Con lo anterior, deja propuesto un *tercero potencial* diferente del que se halla en la mente de la madre presente en los primeros intercambios de gestos. Si bien este intercambio inicial es una forma de terceridad, no es suficiente para que este tercero simbólico actúe como real, se presente en los pensamientos y se internalice, ya que para que esto ocurra es necesario acomodarse a las expectativas del proceso en un mutuo acuerdo. De esta manera, desde un principio habrá un acuerdo compartido y una participación afectiva. Es decir, cuando el terapeuta reconoce al consultante (en sus gestos, ritmos y palabras) y puede ceder ante él, creando una relación y ritmo mutuo, una cooperación, un tercero compartido es lo que llamaremos

con Benjamin “terceridad”. La autora asemeja este concepto a la improvisación musical, en la que ambos participantes siguen una estructura o patrón que ambos crean simultáneamente y ante la cual ambos ceden, una estructura realizada por nuestra capacidad para recibir y transmitir, al mismo tiempo, en la interacción no verbal. El tercero creado en cooperación tiene la cualidad transicional de ser a la vez inventado y descubierto, pues ante la pregunta ¿Quién creó ese patrón, tú o yo?, la respuesta es paradójica “los dos y ninguno” (2004, p. 17).

Influencia de la terceridad en la psicoterapia sistémica relacional

El desarrollo anterior nos permite considerar las ideas esbozadas en el capítulo anterior y entonces comenzar a pensar cómo estas ideas de la corriente psicoanalítica relacional pueden ayudarnos a pensar nuestra práctica clínica desde la psicoterapia sistémica relacional. Esto, con la intención -ya expresada- de volver a considerar la subjetividad y la dimensión “intra” del sujeto, dejadas atrás por el enfoque sistémico al teorizar que toda la realidad está en el “inter” y en la relación “entre” los sujetos.

Con Bajtín y su teorización literaria, nos atrevemos a recuperar los planteamientos respecto de lo tercero al declarar que “el sujeto se constituye en el diálogo y éste se estructura siempre bajo la intersección, la consonancia y la interrupción de las réplicas del diálogo abierto mediante las réplicas del diálogo interno” (Bajtín, 1979/2011, p. 190). Se plantea que toda palabra es respuesta, es posición y valoración, nunca una palabra es igual a otra, pues aunque sea repetida, la dice en respuesta a un enunciado distinto y en otro contexto. Así, el lenguaje es el diálogo de distintos puntos de vista valorativos, involucra siempre a otros, un yo, un tu y un tercero potencial que esté por sobre el yo y el tu que interactúan (Haye, 2009). En palabras del mismo Bajtín, la palabra es un drama en el que participan tres personajes, no es un dúo, sino un trío (1979/2011, p. 310).

Proceso de creación

Tal como se desarrolló, el responder con un enunciado a otro enunciado, no implica solamente la formulación de una frase luego de otra, sino que implica además la

articulación de la frase anterior con la próxima venidera. Para Bajtín, un enunciado siempre es respuesta a otros enunciados, por esto, no hay ni una primera ni una última palabra. En el discurso se encuentran *sobre la frontera*, dos conciencias, dos sujetos, dos posiciones, dos mundos (1979/2011, p. 294). La palabra es interindividual y de esta manera, lo expresado no le pertenece sólo al hablante, sino que también al oyente y a aquellos cuyas voces suenan en la palabra que el autor encuentra como lo dado (porque como ya planteamos con el autor, no hay palabra que no pertenezca a alguien).

Es interesante destacar la interesante relación que existe entre los planteamientos winnicotianos y bajtinianos, pues desde las propuestas de éste último se ha establecido que en el dialogar ocurre una constante creatividad, puesto que según el literario ruso un enunciado es siempre respuesta a otro enunciado ya dado, sin embargo en la respuesta misma hay un acto de creación, algo singular y único que nace en el acontecimiento del decir. Cuando existe una actitud creativa, no hay discurso que no tenga voz, que no pertenezca a alguien. De este modo, si pensamos en el espacio terapéutico como un espacio transicional que posibilita la creatividad, la enunciación y el discurso serían parte de la creación, de aquellos nuevos discursos de sí mismo que podrían emerger en un contexto de reconocimiento, confianza y reciprocidad.

El hecho de que haya otro (persona y espacio potencial) que promueva la aparición de nuevas palabras y discursos identitarios, será de total importancia para que entonces el terapeuta pueda validar y reconocer al consultante de modo genuino, en palabras de Winnicot, como “siendo realmente”. Así, lo que se propone es un espacio y relación terapéutica que posibilite la creatividad, la posibilidad de pensar-se de modo singular y distinto a como se venía pensando.

En este mismo dialogar, es interesante retomar la metáfora benjaminiana de la doble direccionalidad, ya que al proponer que toda relación terapéutica debiera experimentarse como una relación recíproca y de influencia mutua, donde se reconoce que el otro no es igual a uno mismo ya que esto se puede percibir sólo desde el *lugar del tercero* en tanto *proceso de creación -de la terceridad-*, es decir, en tanto ocurre un sistema relacional que posee la capacidad intersubjetiva para la aparición de los dos y la co-

creación entre ellos. Esto coincide también con las ideas de Bajtín (1979/2011) ya que para el autor, hay un compromiso entre quienes interactúan. La responsividad es la directriz del proceso de creación, pues un enunciado siempre crea algo que nunca antes había existido, algo absolutamente nuevo e irrepetible a partir de lo dado.

Si bien las ideas desarrolladas en el presente capítulo invitan a pensar en el espacio terapéutico como una relación potencial de confianza y reciprocidad, lo tercero como espacio compartido, del que ambos son parte, a veces queda invisible. Esta advertencia es necesaria ya que si bien todo intercambio puede suceder en cualquier escenario y contexto, teniendo un significado propio, esto no implica que en toda comunicación ocurra el reconocimiento del otro en tanto “siendo verdaderamente”. Pareciera que la diferencia esencial entre un espacio entre dos y un espacio potencial -con las características ya descritas-, es que en éste último ocurre un proceso de *comprensión* en términos bajtinianos, es decir, se inaugura en el espacio transicional la posibilidad de la dialogicidad, de las múltiples direccionalidades de la palabra, dejando atrás el monólogo cerrado y acabado de una sola dirección. El sentido es la respuesta a un enunciado, es el reconocimiento del otro en tanto voz que se escucha y necesita seguir avanzando en la compleja trama de enunciaciones del discurso.

Tal como nos anticipa Benjamin (2004), el intercambio y reconocimiento del otro – agrego aquí a las personas, espacio, relaciones, cultura, etc.- comienza antes de la palabra, es decir, con los gestos; y en el urdimiento entre las comprensiones planteadas en la presente tesis, vuelve a aparecer Bubnova (2006) al plantear que el dominio del discurso incluye no sólo lo vocalizado, sino también los gestos y las expresiones corporales, las pausas, las ausencias, las respuestas tácitas, los sentidos mudos, etc. En estas formas silentes “algo se dice, algo que no suena se expresa” (p. 105). Es interesante pensar en estas propuestas, ya que el lenguaje analógico aparece diciendo algo, la danza gestual comunica, se mueve, expresa.

Pensar la terceridad nos invita a reconocer los planteamientos bajtinianos, su lector chileno Andrés Haye nos propone que:

“El diálogo interior que constituye la conciencia no se reduce a la relación Yo-Tu, ni a la relación sujeto-objeto, ni a otras relaciones duales, sino que la conciencia involucraría siempre un trasfondo de voces que interpelan al sujeto más allá de lo que está siendo pensado directamente” (2009, p.16).

Esto nos lleva directamente a pensar en el espacio terapéutico como el tercero de la relación, a quien las palabras se dirigen y actúa como contenedor de una relación. La teoría de Bajtín plantea que la alteridad no se limita al interlocutor causal directo ni al segundo en el diálogo, sino que aparece como una voz o perspectiva que permanece como campo de acción. En este caso, la alteridad también refiere a la terceridad, a aquella relación que se comparte, que permite el reconocimiento mutuo y por ende la posibilidad de introducir novedad respecto del discurso subjetivo constituyente. El espacio de la terceridad aparece como aquél a quien mi enunciado responde, a propósito de quien se habla, pero que no necesariamente coincide con un sujeto que a su vez responda al enunciado. Haye (2009) nuevamente nos ilumina al plantear el lugar del tercero como:

“Una audiencia que pueda estar escuchando, comprendiendo y evaluando un debate entre dos interlocutores, pero cuya operación no es la de intervenir mediante enunciados en el diálogo sino la de ofrecer a los oradores un punto de vista externo dentro del cual están contenidas las perspectivas parciales de los interlocutores parciales” (p.12).

El esfuerzo por hacer conversar estas visiones nos ayudan a plantear un concepto común, una relación que es tercer lugar y también terceridad. Lo primero, en tanto la relación puede concretizarse y usarse, puede significarse e incluso pensarse como lugar simbólico que ambos constituyen. Lo segundo, en la medida en que haya un ceder ante el otro que cree la posibilidad considerarlo como sujeto y no como objeto de la conversación. La relación terapéutica creada en este intersticio, se erige así como la posibilidad de considerar la subjetividad, las relaciones y el modo de ser -cambiante e inestable-, con el fin de lograr un entendimiento y reconocimiento de sí. De esta manera, resulta interesante considerar también el planteamiento bajtiniano de la constitución del discurso y por lo tanto de la subjetividad, pues este espacio de terceridad también es uno donde reina la

palabra polifónica, donde las posibilidades se multiplican. Asimismo, este espacio creado en conjunto, compartido y por lo tanto constitutivo de ambos participantes, es un espacio único justamente porque se caracteriza por una *escucha del encuentro*, por la distinción de la vocación a la centralidad y a la vez de la fuga. En lo tercero se anida también el encuentro entre estas fuerzas del lenguaje. Lo tercero permite el ocurrir, el advenimiento del choque de estas fuerzas, lo que posibilita entonces la emergencia de lo centrífugo en un contexto que lo sostenga y comprenda. Un espacio que le dé lugar a lo nuevo, a lo que irrumpe con fuerza y que se desconoce.

Este es el tercer lugar que planteo que consideremos, una terceridad que es lugar, que tiene la paradoja de ser concreto y abstracto a la vez; tuyo, mio y de ninguno; un lugar que permite la diferencia, la mismidad, la comprensión, la comunicación dialógica, la ética y la micropolítica, entre otros. Lo que propongo es pensar y teorizar respecto de la constitución subjetiva en la sistémica, y por lo tanto, en cómo la relación terapéutica que establezco con otro puede permitirnos considerarlo un sujeto que sufre, que no es estable y que busca –en una hermenéutica de la confianza orangiana- el entendimiento de sí.

IV. Consideraciones en la sistémica relacional hermenéutica

A partir de lo que hemos planteado y construido hasta ahora en la presente investigación teórica, nos parece fundamental hacer una vinculación entre la noción de terceridad sistémica desarrollada, y la práctica clínica misma. Esto dado que es justamente éste el ámbito al que queremos contribuir, puesto que son pocos los estudios enfocados en la experiencia psicoterapéutica. Este puente se tenderá a partir de los más recientes y novedosos planteamientos que han elaborado algunos autores del enfoque sistémico (Bertrando, 2011; Pakman, 2011; Rober, 2002, 2005, 2012), y que a nuestro parecer han generado inmensos avances y se vuelven referencia inspiradora para la práctica clínica que proponemos.

La noción de terceridad sistémica viene a plantear e intentar responder a la pregunta por la relación entre consultante y terapeuta. Se hace relevante intentar responder a lo anterior, ya que como se ha señalado, la relación terapéutica ha sido la gran ausente del debate sistémico (Flaskas et al., 2005). Debido a lo anterior, hemos propuesto pensar en una relación que exceda y sostenga el encuentro y el diálogo entre consultante y terapeuta, ya que pensamos que “lo terapéutico” de la terapia depende necesariamente de lo que ocurre *en* la terapia.

“Trabajar en la relación terapéutica en términos sistémicos significa, antes que todo, hacerse consciente del modo en que el contexto –el marco- de la terapia se crea dentro del diálogo terapéutico y qué consecuencias tiene este marco en el diálogo mismo (...) no puedo anticipar por completo lo que sucederá en mi relación con un cliente en específico y eso implica que yo debo estar abierto a la evolución de nuestra relación que es en esencia impredecible” (Bertrando, 2011, p. 53-54).

Lo anterior nos invita a pensar que lo terapéutico es la relación, una relación de diálogo que abre novedades útiles no sólo respecto a su contenido, sino también al modo en que nos podemos relacionar con otro. El terapeuta participa activamente en la relación para lograr llegar a un entendimiento mutuo. Tomando las propuestas bajtinianas, nos

atrevernos a decir que el entendimiento también es un proceso activo, pues lo que un hablante dice es asimilado por el oyente en un nuevo sistema conceptual.

“El hablante lucha para obtener una lectura sobre sus propias palabras y sobre su propio sistema conceptual que determina estas palabras, dentro del sistema conceptual ajeno del receptor que entiende; él entra en una relación dialógica con ciertos aspectos de este sistema. El hablante se abre paso a través del horizonte conceptual ajeno del oyente, construye su propia enunciación en territorio ajeno, en contra del trasfondo no perceptivo suyo y de su oyente” (Bajtín, 1981/2004, p. 282).

Con esto podemos pensar que ninguno de los participantes en el diálogo tiene la garantía de que las intenciones sean percibidas tal cual por el oyente, ni que éste pueda entender inmediatamente al hablante. Es por esto que con Bajtín decimos que para la comprensión e interpretación, se necesita un proceso activo, un proceso dialógico, que es una “lucha” –benévola comenta Bertrando (2011, p. 56)- entre ambas personas. Ser entendido en estos términos implica *entrar en un encuentro* donde si bien hay que ser abierto y respetuoso, también es necesario tener una posición/opinión/comentario/interpretación, para que algo nuevo pueda surgir. Resulta interesante también destacar aquel “territorio ajeno” bajtiniano donde el hablante construye su propia enunciación, puesto que desde nuestra perspectiva se podría plantear que en la medida en que nos implicamos en el diálogo y ocurre un *encuentro* entre puntos de vista, un escenario de tensión y un conflicto preciso para la creación, es que ese “territorio ajeno” se vuelve un “territorio compartido” posibilitando la terceridad sistémica que proponemos. De este modo, se va creando el espacio que nos une, que nos pertenece, pero que también le pertenece al otro. Así, la terceridad se vuelve un lugar común donde se construyen (crean) mis enunciados, pero también al que respondo y me anticipo. Otra cualidad que nos permite pensar esta transición de lo ajeno a lo común, es la idea de que en la terceridad sistémica surge un tiempo sagrado (Eliade, 1949), un tiempo que se encuentra aparte de la existencia cotidiana, pudiendo conferir un significado especial a los eventos que ocurren en ella.

Al pensar en estas ideas y prácticas, nos encontramos con el desafío de intentar teorizar e incluso “operacionalizar” aquellos factores que hacen que la relación terapéutica sea tan especial. Sin embargo, muchos de éstos son factores inespecíficos que no se pueden señalar ni replicar en un manual. Hay algo de artesanía en el tejido dialógico terapéutico, lo que implica un saber, pero también un crear constante, un devenir, una poética, una improvisación con el otro que hace único cada encuentro y cada palabra.

La terceridad sistémica que proponemos es el lugar que soporta la relación que se establece entre consultante y terapeuta, otorga la posibilidad de que el encuentro sea terapéutico, de confianza y entendimiento. Sin embargo, lo relevante de la propuesta es que -al mismo tiempo- esta terceridad funciona también como alteridad. Como ya se planteó en los capítulos anteriores, es una alteridad que constituye al individuo (si lo consideramos en términos dialógicos, diremos que constituye tanto al consultante como al terapeuta, porque si ambos participan activamente de la relación, ambos serán afectados, cambiados). Así, el hecho de que las hipótesis, comentarios o interpretaciones hagan sentido y sean recibidas por los consultantes, dependerá de la relación. En otras palabras, la habilidad que logra tener un individuo para crear y hacer aparecer sus distintas voces o posibilidades de ser, no sería la misma sin esa terapia. El consultante podrá abrirse a distintos puntos de vista –relacional, contextual, modal, etc.- donde cada situación se pueda leer y vivenciar de varias maneras.

Tensión con la sistémica

Si pensamos con Bertrando (2011) que nuestro modo de trabajo y las teorías que utilizamos, derivan directamente del diálogo entre el pensamiento moderno y el posmoderno, entonces podemos establecer que la idea base que nos permite reconocernos –hoy- como sistémicos es la noción de *relación* y el lugar que le otorgamos a ésta en el entendimiento ontológico y vital. Para la sistémica relacional hermenéutica que presentamos en la presente tesis, es fundamental la consideración de la dialéctica entre lo moderno y posmoderno, entre lo interpersonal y lo intrapersonal, entre la relación consigo mismo y la relación con otros. El planteamiento que hacemos tiene que ver con la idea de

que las relaciones son constitutivas y aparecen antes que el individuo por sí solo. Como se revisó en el capítulo 2, la alteridad constituye al sujeto pues “el yo sólo existe en interacción con el otro que le da origen en el momento de dirigirle la palabra por medio de un tú” (Bubnova, 2006, p. 104).

Sin embargo, surge una tensión interesante entre estos planteamientos. En cierto punto, estamos de acuerdo con la metáfora sistémica tradicional batesoniana que plantea que “las relaciones son más importantes que los individuos” en tanto el individuo no aparece primero, en aislamiento, sino que son las relaciones las que aparecen primero y entonces luego podemos ver al individuo. Sin embargo, por otro lado, defendemos que la relación no existe sólo en el mundo externo, sino que también en el mundo interno del individuo. Como se expuso en los capítulos anteriores, Ricouer (1985/2009) nos permite pensar que la identidad surge a propósito de su narración y de la posibilidad del encuentro/desencuentro entre la mismidad y diferencia respecto de sí. En este sentido, la constitución subjetiva relacional ya no ocurre solamente respecto de los otros que están “allá afuera”, sino que cobra un lugar preponderante en la comprensión de la dimensión “intra” el modo en que el sujeto se relaciona con las definiciones de sí mismo.

En la misma línea, y como ya se ha discutido, también nos apoyamos en Bajtín (1986/2005) al presentar la lectura dialógica que nos invita a considerar el encuentro entre lo estable y lo cambiante, entre el afuera y el adentro, entre el contexto y el texto. Para promover la comprensión y el entendimiento del otro y de sí mismo, el autor soviético plantea la posición dialógica. Esto quiere decir que en tanto participantes de una relación, reconocemos que nuestro discurso surge a partir del discurso de otra persona y debería fundirse con ese discurso. Nos recuerda que mis palabras no son sólo mías y mis ideas vienen de las ideas de otros. Con lo anterior se anida la concepción performativa del lenguaje, pues el camino del entendimiento ya no ocurre a través del “descubrir” o “traducir”, sino que a través del *crear con el otro* un mundo, un entendimiento y sentido común. En esta línea es necesario recordar que para ir más allá de mi punto de vista, necesito –siempre- la perspectiva del otro.

“En la vida también hacemos esto a cada momento para estar seguros: nos evaluamos a nosotros mismos desde el punto de vista de los otros y a través de los otros intentamos entender y tomar en cuenta lo que es transgresor para nuestra conciencia (...) después de vernos a través del otro, siempre volvemos –en la vida- otra vez a nosotros mismos y, al final, por así decirlo, ocurre un evento que recapitula dentro de nosotros mismos las categorías de nuestra propia vida” (Bajtín, 1923/1990, p. 15-17).

Esta cita nos ayuda a clarificar lo que se ha planteado en la presente tesis y específicamente en el presente capítulo, al reflexionar acerca las contribuciones que genera el surgimiento de la terceridad sistémica en la relación y -por lo tanto- en el proceso terapéutico. Es decir, en nuestra concepción, una terapia “útil” será aquella en la que el consultante pueda “internalizar” la terceridad y por lo tanto, “evaluarse” desde ese lugar común que le permite ya no un monólogo de opiniones emitidas por sí mismo, sino que un diálogo con sus propias opiniones y con las del terapeuta, con las opiniones de la terceridad que se creó en colaboración. Ese “hacer propia” la terceridad es lo que le permitirá al consultante seguir caminando de un modo más autónomo luego del fin de la terapia, pudiendo recurrir simbólicamente a ese espacio que –ahora- le pertenece para entonces poder ampliar sus voces, posibilidades y comprensión. Esto puede ser leído en las palabras de Bajtín recién citadas como el “recapitular `dentro´ de nosotros mismos nuestra propia vida”. Este proceso nos ha llevado a pensar que quizás en un primer momento, es la terapia y la terceridad en tanto alteridad, lo que me enseña a ver desde otro, mi otro; es decir, a visualizar desde el otro, mi diferencia. Logramos reconocer la ipseidad, porque hay otro que está enfrente que nos muestra y refleja la diferencia respecto de mi mismo; así, el consultante supera el determinismo y comienza a concebir mundos diferentes posibles.

Por esta razón proponemos que la terceridad sistémica -en tanto alteridad- constituye al individuo. Bajtín (1923/1990) nos vuelve a decir que:

“En este sentido, uno puede hablar de la necesidad absoluta que tiene un ser humano de otro, de la visión del otro, de su recuerdo, su auto-

actividad agrupante y unificante, la única auto-actividad capaz de producir su personalidad aparentemente acabada” (p. 35-36).

Lo anterior nos permite volver a confirmar y reconocer porqué se hace tan relevante, interesante y novedoso para las ciencias sociales y la psicoterapia, proponer esta lectura para la sistémica relacional hermenéutica actual.

Tensión con Bertrando

Paolo Bertrando, perteneciente al famoso grupo de Milán creado en los ochenta⁹, ha continuado sus desarrollos prácticos y teóricos, moviéndose de los territorios tradicionales del grupo, a nuevas lecturas de los conceptos que se han creado y utilizado en la práctica terapéutica italiana. Si bien continúa pensando que las hipótesis sólo son plausibles, provisionales, más o menos útiles, pero nunca verdaderas (Selvini Palazzoli, Boscolo, Cecchin & Prata, 1978; Bertrando, 2011), plantea que las hipótesis no sólo sirven como guía para el terapeuta, sino como insumo dialógico, pues tal como propuso con su colega, “las hipótesis son diálogos” (Bertrando & Arcelloni, 2008).

En su reciente libro *“El terapeuta dialógico”* (Bertrando, 2011), el autor plantea un interesante debate respecto de las hipótesis y su uso en la terapia. Nos muestra el recorrido que ésta ha llevado a cabo y propone un camino intermedio entre las dos visiones más utilizadas. Por un lado, plantea el uso de la hipótesis que hacían sus compatriotas italianos cerca de los ochenta (Selvini Palazzoli et al, 1978), es decir, un proceso de hipotetización siempre en curso, creado por el terapeuta y su equipo detrás del espejo unidireccional,

⁹ En 1968, Mara Selvini Palazzoli organizó el Instituto de Estudios Familiares en Milán influida por los conocimientos aprendidos en Palo Alto y el Grupo Bateson. Después de un proceso inicial de selección, el grupo se redujo abarcando sólo a cuatro psiquiatras: Luigi Boscolo, Giuliana Prata, Gianfranco Cecchin y la propia Selvini. Este grupo, trabajó unido durante más de diez años, creando el Grupo de Milán. Publicaron *“Paradoja y Contraparadoja”* (1978) e *“Hipotetización, circularidad y neutralidad: 3 guías para la conducción de una sesión”* (1980). Luego de estos desarrollos, el grupo se separó quedando por un lado, Boscolo y Cecchin enseñando en Milán e interesados en cuestiones metodológicas relacionadas con cómo actuar dentro de la sesión de terapia y con desarrollar más el proceso de hipotetización. Con ellos se formaron Bertrando, Bianciardi y Arcelloni, entre otros. Por otro lado, Selvini Palazzoli estaba interesada en definir tipologías conectadas con diagnósticos psiquiátricos específicos y continuó enseñando en Europa con otros colaboradores.

pero que no se compartía con los clientes hasta que se cristalizaba en una gloriosa intervención final a modo de devolución, ritual, prescripción o encuadre. Por otro lado, nos enseña que las intervenciones de los terapeutas narrativos y conversacionales (Andersen, 1991; Anderson & Goolishian, 1996; White, 1995), se distanciaron del modelo de Milán al considerar impensable una terapia que “juegue con las cartas abajo”, puesto que el cliente debería ser siempre tratado como un igual. Con esta idea, plantean que debemos evitar todo prejuicio, opinión e hipótesis actuando desde una posición de no-saber. Sin embargo, Bertrando (2011) plantea “otra ruta posible”:

“Puedo informar a los clientes acerca de las hipótesis que yo –o yo con mi equipo– nos hemos hecho de ellos. Esta idea representa un posible terreno intermedio entre estas dos posiciones opuestas. Mantener la hipótesis como un “secreto” podría significar un paternalismo hacia la persona con la que hablamos; por otra parte, un intento de no tener una idea definida puede sugerir un temor a que los pacientes puedan no tolerar mis hipótesis sobre ellos” (p. 50).

La ruta intermedia que propone, sólo es posible en una atmósfera de confianza, pues sólo así el terapeuta puede sugerir ideas al consultante y éste recibirlas. Sin embargo, la elección de las palabras justas, la retórica correcta y el modo respetuoso y positivo dependen del terapeuta (Boscolo, Bertrando, Fiocco, Palvarini & Pereira, 1993). “Si logro ser respetuoso, ciertamente no dañaré a los clientes con ninguna de mis palabras” (Bertrando, 2011, p. 50). Lo anterior nos permite recordar las palabras de Donna Orange (2013) respecto de la hermenéutica de la confianza, al proponer que el único modo de poder relacionarse y comprender es en confianza. Es decir, contar con la buena voluntad de ambos participantes en el diálogo a medida que buscamos significado, esperando que éste sea tanto transparente como oculto, que esté ahí para ser descubierto y que emerja en el proceso dialógico.

“Hoy siento que cada vez más las hipótesis son un fruto del diálogo con mis clientes, donde ellos son libres de discutir, extender, criticar y ampliar mis hipótesis, además de traer sus propias hipótesis (...) en el pasado cualquier hipótesis se consideraba en esencia “propiedad privada” del terapeuta o del

equipo: hoy puede entenderse como una acción colaborativa” (Bertrando, 2011, p.51).

El terapeuta italiano reconoce el distanciamiento respecto del modo anterior y escondido en que se jugaban las ideas y opiniones en la terapia. Con ello, queda en evidencia que su avance hacia el compartir las hipótesis, traza un camino hacia el diálogo, hacia la consideración del otro –consultante- como sujeto y no como objeto de sus hipótesis. Lo anterior puede ser entendido debido a que éstas nacen en la interacción: “un terapeuta puede crear en tanto sus cliente le permitan crear (...) la creación de una hipótesis es un proceso compartido” (p. 65). En definitiva, el terapeuta italiano da un paso hacia el encuentro con el otro, hacia el reconocimiento mutuo, hacia la confianza que debe requerir el espacio y la relación terapéutica para que la creación pueda ocurrir.

Otra idea central para Bertrando (2011), quien incluso la propone como “la primera tarea del terapeuta” (p.51), es el estar consciente de su posición dentro del sistema terapéutico. Para el autor, hablar de la posición del terapeuta significa poner en la práctica clínica la noción de contexto, en sus múltiples significados. Releva de modo interesante la condición bidireccional de éste, pues la actitud influye en la posición que se tiene y el contexto influye en la toma de actitud (con Bajtín podríamos decir, “toma de posición”). Reconoce que como terapeuta nunca se puede estar completamente consciente de todas las complejidades del sistema terapéutico, pues siempre existe algo que no conoce de los clientes ni tampoco de sí mismo. “De este modo, la conciencia de la toma de posición es muy similar a los otros principios: siempre provisional, siempre a punto de ser corregida y complejizada” (p. 52). Sería interesante arriesgarnos a pensar si ¿Será posible que el terapeuta se haga consciente de su posición como terceridad? ¿Cuáles serían sus efectos? En nuestro entendimiento, en la medida que el terapeuta logre ceder frente al otro, a favor de sus necesidades y reconocimiento, éste podrá lograr ser consciente de su posición en ese espacio compartido. Es compartido, porque como ya planteamos, el consultante también cede frente al otro (terapeuta) y se contacta con aquel espacio que ambos constituyen.

De esta manera, con el autor volvemos a poner de manifiesto la relevancia de la relación terapéutica, y a su vez, del hacerse conscientes del modo en que se crea el diálogo y cómo participando en él vamos creando nuevos significados, nuevas posiciones y valoraciones. Para Bertrando (2011), es inconcebible una psicoterapia sin el diálogo, sin embargo se pregunta ¿En qué tipo de diálogo entramos cuando hacemos psicoterapia sistémica?

“El diálogo terapéutico que propongo es más bien comprensivo; entro en él para tener alguna idea de la situación y así desarrollar algunas hipótesis junto a mi cliente; o mi cliente y mi equipo. Este tipo de diálogo bien puede influir a alguien, yo mismo incluido (...) el objetivo principal es llegar a alguna clarificación o al surgimiento de algún nuevo entendimiento” (p. 54).

En sus palabras interpretamos la relevancia del tercero, de la otredad, en tanto permita nuevas comprensiones y diálogos. Esto porque en la conversación se crea un mundo (un nuevo mundo llamado terceridad) del que ambos participan, sin embargo lo relevante en terapia será poder revelar al servicio de qué y de quién se dirigen los enunciados, pues la presencia, las palabras, el cuerpo y las historias de cada uno siempre provocan una respuesta, siempre se dirigen a alguien, siempre responden a algo.

Nuevos hilos se pueden cruzar con la propuesta principal de la tesis y el terapeuta italiano, ya que éste toma como punto de referencia la hermenéutica de Hans Georg Gadamer de un modo similar al que nosotros nos referimos en el capítulo 3 para ampliar la comprensión de la práctica clínica. Bertrando (2011) delinea que la hermenéutica está impregnada por la conciencia de que cada significado es una interpretación y que esa “verdad” es un significado compartido entre las partes, no algo que está dado en un sentido absoluto. La convergencia de significados producidos por un narrador de historias y un intérprete es conocido como una “fusión de horizontes” (Gadamer, 1960/2002, p.272). Creemos que es justamente esta fusión la que posibilita la terceridad, la creación de ese tercer espacio, de ese mundo compartido entre consultante y terapeuta que sostiene y le da lugar al encuentro de posiciones.

Un último aspecto de los planteamientos de Bertrando (2011) que se pone en tensión con la presente tesis, es la mismísima noción de tercero. Hasta su última publicación, la consideración del tercero había sido sólo en tanto persona, desarrollando técnicas para hacer presente el ausente, como fue la presentificación del tercero (Boscolo & Bertrando, 1996). Sin embargo, en sus desarrollos recientes, la idea de tercero ha ido ganando terreno hasta incluso considerarlo como la cultura. Plantea que las contribuciones hechas por la observación intercultural ilustran cómo las diferencias culturales se vuelven en un tercero muy presente en las relaciones terapéuticas, las que se vuelven ininteligibles si no se toman en cuenta. También se vuelven terceros presentes en el proceso terapéutico -además de la cultura-, las diferencias sociales y políticas (White, 1995).

“Un tercero puede representar una persona (o muchas), una idea, una aspiración, un “algo” que está incluso más presente que las personas. Podemos decir que, en la terapia sistémica individual, el tercero es el contexto -abarcando a las personas (el contexto cercano) y la cultura (el contexto general)- que da forma a la relación terapéutica y la existencia de los clientes. Las personas, sus conversaciones y sus relaciones, sólo tienen sentido dentro de una matriz de contexto, la cual está dada por los terceros significativos que intervienen en sus vidas. La introducción del tercero en terapia entonces es un ejemplo de cómo las relaciones terapéuticas pueden concebirse en su completitud” (Bertrando, 2011, p. 193-194).

El terapeuta sistémico italiano hace un paralelo del tercero con la transferencia psicoanalítica contemporánea (Gill, 1982), la que si bien deriva de la técnica tradicional freudiana, le da más importancia a la relación interpersonal entre analista y analizando. “Este modelo le permite al cliente revivir en la transferencia sus representaciones internas de relaciones pasadas y su repetición en la vida presente” (Bertrando, 2011, p.196), en otras palabras, cualquier evento o emoción relevante a la que se haga referencia en el diálogo terapéutico será interpretada como refiriéndose a la persona del analista. Bertrando (2011) retoma lo anterior para decir que:

“Toda relación tiene múltiples aspectos. Ellos provienen de la historia de vida de los actores involucrados –junto al mundo interno que queda moldeado por ellos- y de aspectos totalmente nuevos, que dependen de la realidad irreplicable de esa relación única entre las personas presentes en el mundo externo. El psicoanálisis subraya la primera, la sistémica la segunda” (p. 210).

“Los psicoanalistas trabajan con sus ojos vueltos, al menos en parte, hacia la experiencia interna de sus clientes y consideran el modo en que las primeras experiencias vitales con personas cercanas se desarrollan dentro de la persona (...) La práctica de los terapeutas sistémicos tiende a darle más valor al mundo externo y a las relaciones presentes en el aquí y ahora” (p. 210).

“En el trabajo sistémico, el terapeuta metafóricamente toma al cliente de la mano en la relación terapéutica y lo “acompaña afuera” de la relación dual para “visitar” sus relaciones presentes –sea con personas o contextos- y traerlas a primer plano. Esta es la razón por la que el tercero termina presentificado. El verdadero escenario de los eventos terapéuticos es lo que ocurre afuera de la sala de terapia”. (p.211).

La diferencia de lo que planteamos en la presente tesis y la idea de tercero de Bertrando (2011), radica principalmente en que ese “acompañar” a través de la confianza en la relación, no es sólo hacia “afuera”, sino que también hacia “dentro”. He aquí el hito relevante de la presente investigación; la respuesta a las demandas del tercer giro de la sistémica respecto de la noción intrasubjetiva: La terceridad sistémica, a diferencia del tercero bertraniano, posibilita el reconocimiento de las relaciones externas pero también de las internas. En otras palabras, es un punto intermedio entre los planteamientos psicoanalíticos intersubjetivos y los sistémicos dialógicos contemporáneos.

Tensión con Rober

Peter Rober, psicólogo y terapeuta familiar belga, ha sido reconocido por ser el primer sistémico en incorporar los planteamientos bajtinianos en la práctica clínica, creando tras sus publicaciones el Enfoque Dialógico (Rober, 1999, 2002, 2005a, 2005b; Rober, Olson, Laitila & Seikula, 2012).

Rober (1999) creó el concepto de “conversación interna del terapeuta”, proponiendo una novedosa manera de investigar las prácticas de los terapeutas posmodernos. Para él, la decisión y el proceso de cómo guiar una sesión ocurre en una negociación interna del terapeuta entre su sí mismo personal y su sí mismo profesional. Si bien hay mucho del modelo conversacional y narrativo que inspira su trabajo, el autor problematiza las lecturas del concepto del “no saber” conversacional (Anderson et al., 1996) que implican que el terapeuta no sepa nada. En la medida en que fue enseñando y practicando este modelo, Rober se fue acercando a los conceptos bajtinianos incluso llegando a conceptualizarlos para analizarlos a través de viñetas clínicas (Rober et al., 2012). Lo dialógico lleva al autor a realizar un estudio de los micro momentos de la sesión, para comprender cómo se genera el saber compartido, esta construcción conjunta, que como hemos revisado, es un proceso complejo en el cual se debe prestar atención especialmente al modo en que los posicionamientos cambian con cada enunciado e incluso al interior de los mismos.

El autor plantea que cuando un cliente busca terapia, tiene un relato que contar. Éste será diferente dependiendo del contexto social y de los interlocutores presentes en el momento en que sea dicho. Rober (2005a) expresa su afinidad con los desarrollos del autor soviético al proponer que el relato del cliente es una selección de cosas dichas, y otras que son dejadas sin decir. De todos los potenciales significados, hay ciertos aspectos que se resaltan y otros que quedan en la oscuridad. Sus palabras nos llevan a pensar en la terapia y en cómo los desarrollos recientemente esbozados en los capítulos 2 y 3 de esta tesis nos pueden iluminar la vista y clarificar comprensión. El hecho de que algunos aspectos resalten y otros queden en la sombra, hacen de la relación terapéutica y del contexto que

ésta posibilita, los protagonistas que permiten la emergencia y la creación de las palabras. Inspirados en Bajtín, los autores expresan:

“En su forma más elemental, un enunciado es dicho por alguien a otra persona en un contexto específico. Es irrepetible e impermanente, existe sólo en ese momento (...) las voces son activadas por el contexto presente y pueden variar en primacía e intensidad en el curso del diálogo” (Rober et al, 2012, p. 3).

En este sentido, podríamos pensar que la terapia es una construcción social pues tiene una base dialógica en constante cambio y evolución. De esta manera, diremos que el desbalance es la norma: el diálogo es poco útil si es considerado como único y acabado, pues así, quedaría poco espacio para las dicotomías y las diferencias. El contexto relacional que crean las personas es esencial para el proceso terapéutico, éste es creado en conjunto y es el escenario que le permite al consultante contar sus historias y dejar otras no contadas, que algunas voces aparezcan y que otras se repriman.

Si relacionamos lo recién planteado con la idea principal de Bertrando (2011) respecto de la centralidad que tiene el proceso de hipotetización en la terapia sistémica; Podríamos pensar que, si bien la constitución del diálogo ocurre a propósito del intercambio entre la enunciación de un consultante y un terapeuta –activo-, aún no queda clara la lectura o práctica dialógica de las hipótesis. Desde el enfoque roberiano, la hipotetización se entiende como un proceso en el cual hay un movimiento continuo en la conversación interna de los terapeutas: entre saber y no-saber, entre aferrarse y dejar ir algunas ideas en respuesta al feedback del consultante (Rober, 2002). Se podría decir que la hipótesis angosta el foco, une y ordena la polifonía de voces (actuando la fuerza centrípeta en el discurso), y cuando ya no es útil, se vuelve a ampliar el foco y se abre a la multiplicidad de voces internas (dejando entrar la fuerza centrífuga). Con esto parece asegurarse el eterno movimiento del diálogo, el paso de momentos monológicos a dialógicos y con ello, la posibilidad de los momentos de fuga que -tal como anticipa la palabra- provoca la emergencia de la fuerza centrí-fuga.

La perspectiva dialógica de Rober se enfoca en el contexto social en el que las palabras son dichas y considera el modo en que las palabras están conectadas con las que fueron dichas antes y con las que están por venir, incluyendo incluso aquellas que fueron enunciadas antes de ingresar a la sesión (revisar el Caso de Erick¹⁰ en Rober, 2005b). Dado que el significado de las palabras depende del contexto en el que son dichas, se pregunta acerca de lo que significa para la perspectiva dialógica entender a alguien. Siguiendo este camino, el autor declara que su postura como terapeuta dialógico no está en capturar el significado “exacto” de una palabra al modo representacional, sino que lograr un conocimiento práctico de “cómo seguir” coordinando nuestras acciones y generando significados en conjunto (p. 8). Si bien esto parece algo sencillo, el autor revela que no lo es puesto que “en cada conversación hay una tensión dinámica entre las funciones monológicas y dialógicas”¹¹ (Shotter, 1993, en Rober, 2005b, p.4). Explica que el diálogo no implica una relación segura o fácil, justamente porque se crea de modo simultáneo y nunca acabado entre lo que cada persona dice con sus palabras, gestos e incluso con los silencios. Para ello sugiere que el foco del terapeuta no debiera ser en primer lugar el contenido de la historia del cliente –no es una pregunta de datos e información–, sino que la continuidad de un diálogo sensible con el cliente (Rober, 2005b, p.8). Esto se puede analogar justamente a nuestra propuesta de la terceridad sistémica, ya que esa plataforma que compartimos, se crea en ese “saber cómo seguir juntos”, en la escucha sensible, en lo que nos permite confiar y ceder frente al otro (sin llegar –nunca– a interrumpir la conversación porque hay que rellenar un cuestionario diagnóstico o hay que recopilar datos). Anderson (1997, en Rober 2005b) nos invita a “crear un “espacio dialógico”: un espacio de posibilidades creadas en la conversación que incluya múltiples ideas, creencias y opiniones, sin excluir las voces importantes” (p.9). De este modo, en la terceridad sistémica un nuevo y único diálogo emerge y las palabras se contextualizan dentro de la multiplicidad de voces que lo

¹⁰ El terapeuta narrativo expone el caso de Erick, un niño de 8 años que es llevado a consultar por sus padres ya que “llora mucho cuando se separa de ellos”. Al llegar a la primera sesión de terapia familiar, ve lápices y papeles en la mesa y dice: “No quiero hablar, quiero dibujar”. Con ello, Rober reflexiona respecto al contexto en que son dichas las palabras y cómo están conectadas con otras palabras que han sido dichas, tanto en la sesión como antes de asistir a la sesión. El terapeuta busca junto a Erick y su familia, las distintas maneras de enriquecer el diálogo, por ejemplo indagando en lo que el chico sabe de una terapia: lo que piensa la madre, el padre, los amigos e incluso los documentales en televisión.

¹¹ Traducción de la autora para esta viñeta y todas las correspondientes a Rober (2005b).

constituyen. El conocimiento es dialógico porque algo nuevo se crea, el significado que tiene un interlocutor entra en contacto con el que tiene el otro interlocutor, y en ese encuentro ocurre la creación, pues aparecen múltiples nuevos significados que exceden los dos significados originales.

Hasta aquí, con Rober se logran concretizar los conceptos dialógicos para la clínica sistémica y la investigación. Su análisis de los elementos del diálogo en la conversación terapéutica: enunciado, voces, polifonía, destinatarios y posicionamiento (Rober et al, 2012), permiten conocer el modo en que adviene el lenguaje y con él, los sujetos. Sin embargo, a nuestro juicio, el gran aporte que genera el autor al investigar “las voces internas” del terapeuta, es el hacer consciente aquellas emociones, imágenes, pensamientos y prejuicios, entre otros, que aparecen en la mente del terapeuta cuando está dialogando con otro. Nos muestra cómo esta conciencia y el aprender a jugar con ese contenido, posibilita la creación. Podemos pensar que hay muchas de aquellas voces ante las que tengo que ceder -o dejar ir- para permitir el flujo de un diálogo sensible con el consultante. Sin embargo, hay otras voces a las que tengo que oír, e incluso “prestarles mi voz” para que se hagan reales, y colaborando con el entendimiento, pasen a ser las voces de la terceridad sistémica que constituye a los integrantes de la relación terapéutica.

“La escucha del terapeuta está al servicio de la polifonía, que se vuelve dialógica y parece ser la condición transformativa primaria de una terapia. En este sentido, el origen de la novedad y la creatividad puede rastrearse en el proceso de dar voz y promover la polifonía, y en la cualidad de la escucha como centro de la terapia” (Rober et al, 2012)

La intención de proponer los desarrollos de Peter Rober es justamente para dejar en evidencia la riqueza que tiene considerar los planteamientos dialógicos bajtinianos en la psicoterapia. Creemos de alguna manera estar contribuyendo y abriendo un nuevo camino en la sistémica que considera la concepción de lenguaje post giro lingüístico tal como lo hicieron los representantes de los modelos conversacionales y narrativos, pero que a la vez lo excede. La dialogicidad nos ha permitido responder a la relación constitutiva del individuo: lo intrasubjetivo y lo intersubjetivo, la conversación interna y la externa.

También nos ha permitido teorizar respecto a la relación terapéutica, pues al plantear una terceridad sistémica creada *en* el encuentro, se abre el paso a pensar en los diversos modos en que el sujeto se constituye en la alteridad y cómo contribuimos a aquello en tanto terapeutas.

Tensión con Pakman

El tercer y último autor perteneciente al campo sistémico con el que tensionaremos la propuesta de la presente tesis, es Marcelo Pakman, psiquiatra y psicoterapeuta argentino radicado en Estados Unidos. Su obra "*Palabras que permanecen, palabras por venir*" (2011) se posiciona como referente para la práctica clínica sistémica actual, pues con sus planteamientos nos intentamos acercar a una clínica micropolítica, poética, a favor de la singularidad; y que por lo mismo, jamás pretende tecnificarse. El autor busca la discontinuidad, los quiebres, lo extraordinario; pero siempre desde lo ordinario, lo cotidiano, desde la continuidad en que vivimos.

Desde nuestra lectura, Pakman (2011) nos invita a pensar el encuentro terapéutico como un encuentro crítico a favor del quiebre de la micropolítica dominante, nos permite pensar en la psicoterapia como un espacio que mantenga una distancia crítica respecto de aquellas terapias técnico-racionales que solucionan problemas para recuperar la normalidad y el guión prefijado que supone constituir al sujeto, y que más bien se acerque a una terapia que permita la exploración de otros aspectos -menos mecanicistas y deterministas- que permitan el acercamiento a lo que es único e irremplazable de la experiencia humana (p. 25). En otras palabras, nos invita a acercarnos a quien consulta de un modo fenomenológico y hermenéutico con la intención de conocer y comprender su singularidad. Sin embargo, esta singularidad parece estar atestada de mandatos sociopolíticos y culturales de los que no tenemos conciencia y que nos hacen llevar adelante roles que nos caracterizan y de los que no podemos liberarnos. En esta misma línea, el autor plantea que la micropolítica no es una política menor asociada a lo que conocemos cotidianamente como ligada al Estado, sino que se diferencia de ésta y más bien

se aboca a “resaltar las situaciones sociales locales en que se mantienen esos guiones” (2011, p. 32). Así piensa que:

“La psicoterapia, en tanto micropolítica, tiene la oportunidad de ser una práctica socio-cultural de crítica social que puede contribuir a distanciarnos de esos guiones de creencias, comportamientos y conocimientos que están asociados a identidades cuyo valor reina de manera indiscutida, que se conciben como deseables y sin alternativas, y que mantienen y reproducen aquéllos” (.p 32-33).

La razón que lo hace luchar o posicionarse desde una actitud crítica, es que esos guiones hegemonizan y domestican las posiciones subjetivas que encarnamos de un modo trivial, es decir, de un modo en que es difícil darnos cuenta de ellas pues van anulando la singularidad. Los guiones son esenciales para poder insertarnos en la vida sociocultural, sin embargo no –nos- damos espacio para pensar de modo crítico en ellos mismos. El autor propone que una psicoterapia concebida como una práctica de crítica social, puede crear “un espacio virtual en el cual un devenir diferente resulte más factible” (p. 33). Con estas palabras nos atrevemos a pensar en el lazo que existe entre ellas y la propuesta principal de la tesis, ya que nos aventuramos a pensar que una psicoterapia que genere una terceridad compartida permitirá desde ahí (desde ese espacio común entre los participantes de la relación) cuestionar los guiones que nos constituyen, justamente para que en confianza y diálogo podamos incorporar una actitud crítica que nos permita visualizar las diferentes posibilidades que tengo de ser el que soy y el que he venido siendo. La terceridad desde una lectura micropolítica, se puede entender como un espacio que valora la diferencia respecto de uno mismo y que promueve a la vez, la confianza y el espacio para la diferencia, la singularidad y la creación de nuevos guiones.

“La posibilidad humana de ser otro¹² no es ajena al fenómeno poético en psicoterapia y está unida a la posibilidad de cambiar y aprender en general. Pero lo poético aparece como un evento, no es una aparición de otra identidad oprimida o subyugada. Más que la alternancia o lucha entre

¹² Revisar ejemplo de Alonso Quijano / El Quijote (Pakman, 2011, p. 275-276).

identidades bien definidas (...) lo que priva es la incerteza contenida en la noción de identidad” (p. 275).

En Pakman pareciera que también hay una influencia post-estructuralista (Deleuze & Guattari, 1983; Foucault, 2002), pues deja de concebir la identidad como un concepto hecho y acabado, sino como siendo y por lo tanto, discontinuo en su acontecer. Propone que a través de ciertos eventos poéticos, puede haber destellos de la singularidad que nos constituye pero que ha quedado opacada por el guión micropolítico fijado. Desde lo que proponemos, podríamos pensar que los destellos que aparecen con los eventos poéticos son justamente la cristalización del encuentro entre la continuidad y la diferente, entre la sedimentación y el quiebre, entre la captura y la fuga. “Lo poético es la ocasión de la singularidad que celebra ese *ser de otro modo*¹³” (2011, p. 276), es decir, en lo poético se anida, por un lado la posibilidad de ser de la singularidad, pero por otro, la amenaza de esa existencia ordenada de la micropolítica a la que estamos atados, pues peligra en su falta de uniformidad y en la posibilidad de no seguir los patrones establecidos.

Tal como anticipa el psicoterapeuta argentino, los momentos poéticos emergen a propósito de una historia o un relato cotidiano (a los cuales -dice de modo crítico-, no les damos cabida dada nuestra formación profesional de corte racional a favor de la eficiencia, lo que nos ha llevado a insensibilizarnos a su presencia). Y agrega que, si bien el funcionamiento social en el que vivimos aún se anuda con firmeza a la configuración del individuo -y viceversa, diremos acá-, pareciera que no ocurre tan fácilmente pues “hay ciertas resistencias en su acontecer que se muestran como núcleos de indeterminación” (p. 277). Cuando en terapia éstos son reconocidos y amplificados, entonces se posibilitan las condiciones para que emerja lo poético. Como los eventos no están escondidos para que aparezcan en un momento preciso, sino que surgen de modo sorpresivo, el autor plantea que muchas veces su acontecer aparece en forma de imágenes que “aunque con frecuencia tienen los bordes poco definidos, a veces son poco claras e inciertas en su origen, nos pueblan y acompañan nuestro habla como faros que orientan la experiencia de sentido del ser juntos” (p. 277). Son esos faros que se encienden los que nos posibilitan la experiencia

¹³ Cursivas en el original.

vívida del estar juntos, del crear juntos un entendimiento común, tal como creemos que ocurre en la terceridad sistémica. Hay algo experiencial en esa plataforma llamada terceridad que no se puede nombrar porque excede las palabras, hay algo poético que sostiene el encuentro de un modo único e irrepetible. Estas experiencias -o imágenes, sentires y sensaciones- que exceden las significaciones lingüísticas que tenemos a la mano, “traen a la situación una cualidad sensible o sensual que tiene un poder metonímico tal, que cuando otros aspectos se olvidan, las palabras que testimonian la imagen tienden a permanecer” (p. 251). Entonces, lo que nos mueve, nos “pincha” y nos sacude, es “la presencia de un nuevo mundo que alguien que no es el “yo habitual”, que sorprende a la subjetividad misma porque la excede, siente de pronto que podría habitarlo” (p.251). Es de nuevo, en nuestras palabras, el encuentro entre lo mismo y la diferencia ricoeuriana, esa diferencia que des-coloca porque pareciera que “ese que aparece no soy yo”, pero que a la vez seduce e invita a descubrir ese “nuevo yo”. Plantearemos que la poética en la terceridad, trae a la presencia algo que no estaba, una dimensión de sentido que aparece en una textura sensual única y singular, que no me pertenece como individuo ni tampoco es del otro que la convoca, sino que emerge como un atributo central de *nuestras* experiencias. Es decir, tal como ejemplificamos en el tercer capítulo con la improvisación musical (Benjamin, 2004), la poética puede ser uno de los factores que nos permiten pensar que la terceridad es un lugar caracterizado por la paradoja de ser concreto y abstracto a la vez; es tuyo, mío y de ninguno.

Si continuamos desarrollando los planteamientos de Marcelo Pakman y consideramos con él que la intención de la psicoterapia es dislocar aquellos modos de ser fijos e incuestionables, la pregunta que irrumpe con fuerza es ¿Cómo se logra esto? Si bien Pakman (2011) está lejos de dictar cátedra respecto de cómo hacer las cosas y menos de enumerar técnicas, sí propone que una manera de hacerlo es escuchando y distinguiendo los *eventos poéticos* que pueden ocurrir en el espacio terapéutico. Éstos, son aquellos eventos que irrumpen en el diálogo de modo sensual al exceder la significación, actuando como posibilidad de quiebre de la continuidad micropolítica y de la sujeción dominante a la que está atado el consultante. Estos eventos son representados en palabras que permanecen, que sin la intención de retenerlas se quedan en la memoria y en el corazón.

Shotter (1993, en Pakman, 2011) diría que se transforman en un tipo de “conocimiento desde el interior de la situación” que es diferente de un saber acerca de algo o un saber cómo hacer.

De esta manera, creemos que una de sus mayores contribuciones ha sido pensar la psicoterapia como la posibilidad de una alternativa distinta que abra nuevas posibilidades ontológicas. Esto no tiene que ver sólo con una dimensión psicológica, es también una cuestión ética, social, cultural y política. Inspirado en esto, Pakman (2011) concibe la psicoterapia como la:

“Generación de un espacio donde la posibilidad -de ser irrepetibles, irreemplazables y únicos- se pueda pronunciar y comenzar a habitarse, y la justicia pueda ejercer esa mínima promesa emancipatoria que se anida en lo humano como un corazón político, ético y estético” (p. 16).

Promover una psicoterapia así, permitirá abrir el campo comprensivo a aquello que excede las tradiciones de significados discursivos y narrativos que se anclan a nuestras subjetividades. El desarrollo de una escucha o sensibilidad crítica nos permitirá encontrarnos con la figura de la poética, con aquello que hace único, irreemplazable e irrepetible un momento terapéutico y -a la vez- la psicoterapia misma. Es, en otras palabras, lo que hace singular la singularidad de la psicoterapia.

Si bien el autor expresa e intenta desentrañar de múltiples maneras la noción de poética, se asegura que sus lectores no confundan el término con las nociones del género literario ni como una alternativa a la prosa que es parte de un enfoque narrativo de la psicoterapia. A través de rodeos, ejemplos y viñetas clínicas, nos permite entender e incluso imaginarnos de qué habla cuando habla de poética, ya que al no dar una definición exacta pareciera que sólo lograremos comprenderla desde la experiencia fenomenológica al leer sus casos. “Poética es la figura que indica esa aparición o suceder *eventual* del mundo del sentido, en *exceso del significado*, en la *situación específica* de la psicoterapia”¹⁴

¹⁴ Cursivas y comas agregadas por la autora de la tesis. Con ello se pretenden enfatizar algunas nociones y ordenar la redacción para un mejor entendimiento. Pareciera que hay algo en su compleja escritura que deja algo cubierto, algo por venir.

(p. 239). Destacamos acá algunas palabras ya que nos parece que son relevantes para entender el concepto, pues tal como el autor describe, la poética no es una forma acabada y generalizable que caracterice una conversación, sino que es la ocurrencia de momentos singulares que cobran carácter de *eventos* poéticos. “Los eventos son ocasiones extraordinarias” (Badiou, 2005), con ello plantea que ocurren de un modo único e irrepetible, y que éste es transmitido a las palabras que quedan como testimonio de su ocurrir. Estos momentos alcanzan lugares inimaginables y singulares, lugares -dice el autor- incluso “donde los ángeles temen pisar” (Bateson & Bateson, 1989). Es así como continúa describiendo de modo complejo y oblicuo su objeto de interés, y creemos que esto ocurre así porque tal como él mismo anticipa, “el señalamiento (de la poética) de forma empírica y demostrativa, nos elude en su indeterminación” (Pakman, 2011, p.240).

”Lo poético se encarna emergiendo constelado en torno a esas palabras que permanecen y que abren, movilizan o amplifican la promesa de un devenir alternativo a los caminos más recorridos, a los conocimientos más estructurados y disciplinados, y señala que la palabra no se agota en el signo, en la deriva del significante, o en la estructura narrativa. Las palabras que permanecen como parte y testimonio de los momentos poéticos de la psicoterapia no tienen, ni suelen ser, palabras poéticas en el sentido tradicional del término (...) lo poético anuncia lo único e irreemplazable” (p.239-240).

Con lo anterior se va esclareciendo poco a poco el sentido que le otorga el terapeuta a lo poético, es “la emergencia de un estar fuera de sí, fuera de la identidad y de las posiciones subjetivas cotidianas” (p.240). De este modo, el autor argentino nos incita a reconocer un punto de fuga en el evento poético, una posibilidad de rescatar de la marginación lo que ha quedado oculto y no reconocido. Para poder escuchar y ver esto, la invitación que ya se ha planteado es a desarrollar y formar como terapeutas una sensibilidad hacia lo poético, hacia lo singular.

“La educación para lo singular es también expresión de la misma vocación crítica micropolítica. Ésta se expresa en una práctica profesional que no sólo

promueva espacio virtuales de distanciamiento de guiones triviales y paralizantes, sino que también encuentre en esos mismos espacios lo irrepetible e irremplazable que le permita evitar el monopolio esterilizante de una identidad profesional y unas posiciones subjetivas en las que el profesional se socializa sin fin, en y para su quehacer concreto” (p. 241).

Podríamos pensar que las micropolíticas son paradójicas y que por eso, los eventos poéticos se hacen relevantes e iluminadores. Ellos posibilitan la distancia respecto de los guiones micropolíticos que nos constituyen, que nos hacen ser quienes somos y hacer lo que hacemos. Sin embargo, también constituyen el peligro, ya que al designarnos una tarea o una etiqueta, quedamos presos de ellas. No hacer algo que define al sujeto, pone de inmediato en riesgo su identidad, continuidad y definición de sí mismo; sin embargo, esa diferencia también lo constituye y lo hace ser quien es. Lo poético indica, por un lado, la dimensión singular de la psicoterapia; y por otro, la expresión singular concreta de un individuo en la psicoterapia, la expresión de la diferencia, del quiebre, de la fuga.

Nos parece que aquí hay un punto central para nuestro modo de concebir la psicoterapia clínica, pues con Pakman (2011) plantearemos que el modo de acceder a la singularidad es desde un evento poético que muestre, en lo cotidiano, lo que sobresale. Para poder reconocer esto, hay que tomar distancia y mirar detenidamente; y la hermenéutica es un camino posible para ello. La hermenéutica interpretativa (de la sospecha) se distancia de la superficie de lo interpretado con la intención de reemplazarlo por una profundidad desconocida. Ante esto, Susan Sontag se opone críticamente al presentar la interpretación como una forma del comentario:

“La meta de todo comentario (...) debería ser hacer a nuestra experiencia más y no menos real para nosotros. La función de la crítica debería de mostrar *cómo es lo que es*, incluso *qué es lo que es*, más que mostrar lo que significa” (1990, p. 14).

El terapeuta argentino parece decir que lo anterior sería un ejercicio alternativo a la hermenéutica, sin embargo nosotros planteamos que la interpretación a modo de comentario es un ejercicio que podría pertenecer a la hermenéutica de la confianza

(Orange, 2013). El comentario cobra relevancia porque no muestra lo que está bajo la superficie, en la profundidad, ni pretende ser más real que la realidad; sino que vuelve a la superficie de lo que hay para hacerlo notar, sobresaltar y amplificarlo. Sontag toma a Oscar Wilde para revelar este espíritu: “el misterio del mundo es lo visible, no lo invisible” (1990, p.3). Entonces, como hemos dicho, el comentario no devela, sino que viene a hacer visible y a darle continuidad a aquel destello poético fugaz. La hermenéutica de la confianza es un buen camino para dialogar sin temor, respetando al otro en su cotidianidad y afinando la escucha de aquellos eventos extraordinarios que surgen de un momento a otro. Desde estas nociones, podríamos pensar que si el comentario subraya y muestra lo que constituye al individuo en la superficialidad que habita, se podría analogar, en nuestras palabras, a que la superficialidad es la continuidad, y el comentario que lo subraya y lo hace notar, podría ser el reflejo winnicottiano que inspira la creación de la terceridad. El señalar y reconocer al otro en tanto sujeto distinto de mí, pero con igual derecho de posición y palabra, abre un contexto de confianza y una relación en la que ambos pueden participar y sentirse parte.

Los desarrollos de Pakman iluminan nuestras propuestas ya que la tensión que ocurre en la psicoterapia, es la tensión que ocurre en el individuo al ser parte de ella. Hay algo valiente en el posicionarse como consultante ante un terapeuta con el que irá descubriendo un –nuevo- modo crítico de pensar-se. Si volvemos a las lecturas dialógicas, diremos que no es posible auto-reflejarse, puesto que siempre necesitaremos a otro que nos dirija la primera palabra -que nos reconozca como sujeto-, y ante quien respondamos. De esta manera, la psicoterapia como crítica social de aquellas micropolíticas que nos constituyen, se crea en la lucha de voces, en las fuerzas del lenguaje y de la experiencia que permitirán según el contexto, que algunas palabras, gestos o movimientos aparezcan y que otros queden en la sombra.

El reciente recorrido a través de las últimas propuestas de los autores contemporáneos más influyentes de la sistémica relacional a la que deseamos contribuir, influye y coopera de modo esencial a la construcción de la terceridad que hemos planteado. Esto, porque los autores comparten no sólo una visión respecto del lenguaje y su lugar en la terapia, sino también una búsqueda del sentido, del entendimiento y de la comprensión del

individuo, a través del encuentro de dos mundos, de dos fuerzas, dos posiciones, dos palabras.

V. Conclusiones y sugerencias para una Psicoterapia Sistémica Relacional Hermenéutica.

La presente tesis se ha ido construyendo en la medida en que hemos ido pensando, relacionando y convocando a nuevos autores con sus ideas y reflexiones. El desafío principal ha sido poder generar contribuciones en torno a una práctica clínica que integre una dimensión relacional que avance en un doble camino, por un lado rescatando la noción de *ser en relación con otros*, y por otro, haciéndose la pregunta por la *subjetividad y singularidad*, por la definición del sujeto que –tal como se planteó–, no es quieta, ni estable, sino que está viva, en movimiento y abierta al cambio. Desde aquí, la intención ha sido exceder los límites que cada disciplina ha marcado, y el resultado nos ha llevado a caminar por los bordes entre uno y otro, rescatando lecturas que nos ayudan a acercarnos y comprender el malestar del sujeto de un modo común que nos convoque a todos los terapeutas.

Para ingresar en el territorio prohibido de lo “intra” en la sistémica relacional, hemos propuesto –de la mano de la crítica a la modernidad, del giro lingüístico y de los desarrollos postestructuralistas– hacernos la pregunta por el sujeto. Éste aparece entonces constituido en el lenguaje performativo, con un carácter in-esencial y des-centrado. Ante estas características discontinuas, aparece la pregunta por la continuidad en medio del devenir, por cierta estabilidad, cierta permanencia que permita el reconocimiento a través del tiempo (Ricoeur, 2008). La tensión recién descrita es justamente lo que creemos que hace singular al individuo, una lucha entre lo idéntico y lo cambiante, entre lo continuo y discontinuo, entre el interior y el exterior, entre la captura y la fuga, entre la mismidad y la diferencia.

A partir de este posicionamiento epistemológico, hemos ido transitando hacia la pregunta por la constitución subjetiva *en* la relación terapéutica. ¿Cómo incide en los participantes la relación que establecen? ¿Se “producen” cambios sólo respecto de lo que se piensa y reflexiona? ¿Cuáles son los límites? ¿Cómo se sitúa y acontece la relación entre ellos? ¿A qué planteamientos llegamos cuando tenemos la intención de generar una

psicoterapia que considere la multiplicidad de voces y modos de ser y que transforme a todos los participantes?

Los autores que nos acompañan en esta travesía y aventura por descubrir otros modos de concebir la psicoterapia sistémica al menos hasta lo que ahora hemos conocido, nos han permitido ir creando -con ellos- nuevas perspectivas. Bajtín (1896/2005) nos ha iluminado al instalar con fuerza la idea de que la constitución subjetiva es múltiple, ocurre en varios niveles que se cruzan e interrumpen. Esto nos permite plantear y garantizar cuestiones relevantes para nuestros desarrollos. La primera es nuestra propuesta inédita de una **Psicoterapia Sistémica Relacional Hermenéutica**, pues la bandera de lucha que lleva es la de una comprensión desde la confianza y la co-construcción, una disposición a escuchar y aprender de la voz del otro, a favor de un entendimiento a través del sentido, y ya no desde una categorización que intente encontrar lo verdadero y profundo del individuo, o sólo el modo de ser relacional con otras personas, o desde la normalización y pura continuidad existencial. La segunda propuesta y más novedosa aún, es la noción de **Terceridad Sistémica** que hemos desarrollado para comprender la relación, lo terapéutico de ella y los efectos que ésta tiene en la constitución subjetiva. La construcción de esta epistemología clínica ha sido generada por las sensibles lecturas filosóficas, psicológicas, literarias y ontológicas de Mijael Bajtín, Paul Ricoeur, Andrés Haye, Hans-Georg Gadamer, Donald Winnicott, Donna Orange, Jessica Benjamin, Paolo Bertrando, Peter Rober y Marcelo Pakman, entre otros.

Tal como hemos planteado con Bajtín (1896/2005), la constitución subjetiva es múltiple y compartida, pues si bien el interés está en el posicionamiento, en la definición, en la posibilidad de la continuidad y centralidad del discurso, nos recuerda que esto ocurre siempre a propósito de otro y abierto a la discontinuidad o fuga. Para el autor soviético, las palabras son dichas a otro y emergen de una cadena de significados infinita, pre existen y nunca son finales. Así, el yo como posición, se define siempre en relación a posiciones previas y venideras, remite a otras posiciones, engendrando en sí la alteridad. Esto nos lleva a plantear que la idea de la **alteridad** no es solamente respecto de otro que está afuera, sino que alteridad es también *mi* otro, con Ricoeur (1900/2008) diremos que la identidad no es sólo mismidad, sino ipseidad, es decir, diferencia respecto de mi mismo. Así

el individuo se constituye *en* la relación con otros y consigo mismo, en un juego inacabado, múltiple y cambiante.

Por lo tanto, otra cuestión que se hace relevante en esta investigación es la **relación terapéutica**, pues creemos que *en* ella también nos constituimos como individuos (en tanto consultantes y terapeutas, pues si consideramos el conocimiento como creación conjunta, las voces del terapeuta y del paciente tendrán el mismo peso). Nos parece notable relevar y poner sobre el debate este aspecto que si bien es protagonista, ha quedado invisibilizado en las consideraciones del campo sistémico. Nos interesa pensar respecto de cómo cierta relación terapéutica nos puede ayudar a comprender al sujeto en su multiplicidad y movimiento, en la continuidad en medio del devenir, en esa definición que es estable y discontinua a la vez. Como hemos planteado, la palabra es interindividual (Bajtín, 1979/2011, p.310), la vida del enunciado, su esencia verdadera, siempre se desarrolla en relación a otro.

A partir de estos desarrollos, hemos pensado en la relación terapéutica como alteridad que constituye al individuo y cómo en tanto se configura como un espacio creado en conjunto, puede tener efectos en la definición y acción de quienes participan. Con la fuerte influencia de Bajtín y del psicoanálisis relacional, hemos llamado *Terceridad Sistémica* a la relación que ambos crean, ante la cual ambos ceden y en la que ambos se sostienen e incluso logran internalizar. Es un espacio transicional (Winnicott, 1979), no es de uno ni del otro, es de los dos. Es un espacio que constituye y transforma, un espacio *entre* las personas que les permite el reconocimiento, el reflejo, el comentario y la creatividad. Para Bajtín, lo tercero pareciera ser un “lugar” que se constituye en la interacción, es aquel fondo de comprensión-respuesta al que se dirigen las palabras y que al mismo tiempo posibilita y sostiene la relación dialógica, el encuentro de sentidos. Esto crea un encuentro único al generar un contexto que permite inaugurar una relación singular. La idea y las reflexiones en torno al lugar del tercero en el diálogo, responden a la naturaleza de la palabra, que siempre quiere ser oída, que siempre busca comprensión como respuesta y que no se detiene en una comprensión más próxima sino que sigue adelante de manera ilimitada. Podríamos pensar que lo tercero es el lugar que busca este impulso, esta orientación, es el fondo al que se quiere llegar para poder comprender

dialógicamente y seguir avanzando y atando el discurso. De este modo, pensar que nos constituimos en la alteridad, en la relación, y que el aporte de ambos participantes soporta y sostiene la tensión, nos permitirá acercarnos a una práctica dialógica, hermenéutica y micropolítica. Es interesante rescatar lo poético pakmaniano que caracteriza a la Terceridad Sistémica, pues en tanto espacio terapéutico, posibilita el decir, sostiene, comprende y funciona como puente y eslabón hacia nuevas comprensiones y significados. Ella colabora con una suerte de cronotopía (Bajtín, 2011), en otras palabras, pareciera que le da a la voz un arraigo espacio temporal único, un tiempo sagrado (Eliade, 1949) que permite la emergencia de un evento singular, único e irrepetible.

La Terceridad Sistémica, en tanto alteridad constitutiva del discurso, la palabra y el sujeto, es un lugar donde se anidan las voces, es otro insumo que aporta con nuevas voces que permiten ampliar las posibilidades, salir del monólogo explicativo y transitar hacia un discurso dialógico comprensivo. En esta línea seguiremos planteando, que pensar la relación terapéutica como terceridad, habilitará y posibilitará un campo polifónico que es exceso, y en ese exceso aparecerá la posibilidad de la diferencia, de la creación, de la novedad, de la dialogicidad, del encuentro de la continuidad con la discontinuidad, del quiebre, la fisura y la fuga.

Creemos que es a través de una Psicoterapia Sistémica Relacional Hermenéutica lo que nos permitirá, por un lado, pensar la subjetividad, y por otro, aproximarnos a la relación terapéutica entendida como un sostén generativo para desplegar nuevos discursos, reconocimientos y formas de ser en el mundo. Como ya planteamos, en nuestra concepción una terapia “útil” será aquella en la que el consultante pueda “internalizar” la terceridad y por lo tanto, “evaluarse” desde ese lugar común que le permite ya no un monólogo de opiniones emitidas por sí mismo, sino que un diálogo con sus propias opiniones y con las del terapeuta, con las opiniones de la terceridad que se creó en colaboración. Ese “hacer propia” la Terceridad es lo que le permitirá al consultante seguir caminando de un modo más autónomo luego del fin de la terapia, pudiendo recurrir simbólicamente a ese espacio que –ahora- le pertenece para entonces poder ampliar sus voces, posibilidades y comprensión. Creemos que es la posibilidad de crear una relación terapéutica compartida, la que permitirá establecer una relación de confianza y de mutua

participación con el fin de poder ir creando nuevos sentidos que alivien y liberen al consultante de aquella única explicación que comanda su vida.

Sugerencias actitudinales, atencionales y técnicas

Con el propósito de generar luces y avances teóricos, prácticos y éticos que conciernen e interpelan a la psicoterapia sistémica relacional actual, hemos reflexionado y propuesto un nuevo enfoque, este es, la Psicoterapia Sistémica Relacional Hermenéutica. De la mano de esta nueva perspectiva, hemos creado la noción de Terceridad Sistémica con la intención de que se transforme en luz en medio del camino que bordea lo interno y lo externo. La constitución subjetiva es relacional, y la Terceridad Sistémica nos invita a ingresar en esa dimensión múltiple para que a propósito de la relación que construyamos, podamos navegar por aquellas orillas diferentes, por aquellas imágenes que emergen y hacen singular y terapéutico el momento de la conversación.

Nuestra intención es proponer algunas prácticas y técnicas sistémicas para que bajo la luz de las nociones que hemos desarrollado en la presente investigación, podamos modificarlas para poder acceder a una experiencia y relación compartida. Sin embargo, es necesario advertir que la actitud que acá compartimos con los lectores, responde siempre a la sensibilidad singular de cada conversación, resistiéndose así a la tecnificación y producción de preguntas y estrategias “tipo”. Con Bertrando (2001) diremos que:

“Un buen terapeuta es sensible a lo que la situación le dice –la respuesta de la situación- más que a las teorías que tiene en su cabeza (...) el terapeuta intenta resolver situaciones únicas más que situaciones estándar, las cuales le piden reorganizar a cada momento su campo de trabajo (...) es en las prácticas vivas, en la interacción dialógica con los clientes en las que participa, donde aflora su calidad de ser terapeuta” (p. 132).

Con ello intenta expresar que el espíritu de la relación terapéutica excede la técnica, es decir, el terapeuta debe estar consciente de sí mismo, manteniéndose en una posición compleja y multifacética: al mismo tiempo que no intenta arrastrar a los pacientes hacia

algún lugar en específico, puede observarlos y además, observar la relación entre ellos y sus posiciones.

En términos actitudinales, creemos que la adopción, vivencia y creencia de relacionarnos desde una *hermenéutica de la confianza* (Orange, 2013), es un buen camino para dialogar sin temor, respetando al otro en su cotidianidad y afinando la escucha de aquellos eventos extraordinarios que surgen de un momento a otro. Nos iluminan -en cierto sentido- los autores del modelo conversacional (Andersen, 1991; Anderson & Goolishian 1996) al plantear que su intención es mantener una “conversación abierta”. Sin embargo, creemos que para la creación y construcción de la Terceridad Sistémica, es fundamental que el terapeuta se incorpore y de ese modo, puedan ir -juntos- cediendo frente a las demandas, ideas e hipótesis a favor de la relación terapéutica. Considerar las hipótesis como más o menos útiles, le permitirá al terapeuta poner en medio -de la relación, en ese espacio transicional winnicottiano compartido- las ideas, imágenes, prejuicios, metáforas e historias, que emergerán sólo a propósito de esa conversación única. El sentimiento de que la relación y lo que allí ocurre, es algo que se construyó en conjunto, a propósito del esfuerzo de ambos, es lo que nos permitirá considerar que se ha creado una Terceridad. De este modo, compartimos la crítica y acogemos la propuesta de Bertrando (2011) cuando expresa que:

“Dentro de la conversación terapéutica surge una hipótesis sugerida por mí, como terapeuta, en base a algún elemento entregado por el cliente. Es entonces que yo, junto con el cliente, mejoro esta hipótesis hasta que una más definida -si es que se desarrolla- pasa a ser una especie de herencia común de los dos” (Bertrando, p. 80).

Con estas palabras plantearemos que una técnica posible es *compartir las hipótesis* con el consultante. El hecho de que la hipótesis sea común, provisional y abierta al cambio; y que además emerja a propósito de un proceso de hipotetización conjunto, generará un diálogo compartido y respetuoso. Una “herencia común”. Al co-evolucionar la hipótesis de esta manera, el consultante podrá aprender (o deuterio-aprender (Bateson, 1942)) un modo sistémico de razonar, un modo dialógico de conversar y un modo sensible y genuino

de relacionarse. La hipótesis viene del diálogo, es el diálogo (y viceversa). El equipo se arma entre terapeuta y consultante, entonces éste pasa a ser parte como si ambos conformaran un equipo reflexivo (Andersen, 1991) pero sin otros terapeutas colegas que observen y opinen¹⁵.

En esta danza mutua del compartir las hipótesis e ideas, invitamos a transitar a los terapeutas desde la interpretación hacia el *comentario*, pues con Sontag (1990) diremos que el comentario subraya y muestra lo que constituye al individuo en la superficialidad que habita, y esto se podría analogar, en nuestras palabras, a que la superficialidad es la continuidad, y el comentario que lo subraya y lo hace notar, podría ser el reflejo winnicottiano que le permite reconocer y dignificar al otro siendo en la relación, lo que inspira la creación de la Terceridad Sistémica. El señalar al otro en tanto sujeto distinto de mí, pero con igual derecho de posición y palabra, abre un contexto de confianza y una relación en la que ambos pueden participar y sentirse parte de un encuentro especial y conmovedor. A diferencia de los terapeutas conversacionales (Anderson & Goolishian, 1996) que plantean -quizás de un modo similar- el acercamiento ético desde el “no saber” a la relación, lo que planteamos acá es que el terapeuta debe comentar, opinar y compartir las hipótesis para abrir posibilidades e incluso concebir mundos diferentes. De este modo, podemos reconocer que dentro de una perspectiva dialógica, la distancia jerárquica entre terapeuta y consultante se reduce, al mismo tiempo que la sensación de que el terapeuta es un interlocutor con opinión, participando de una labor conjunta y colaborativa. Esto debe ser claro para el consultante.

La Psicoterapia Sistémica Relacional Hermenéutica nos lleva a considerar que cada terapia es única: el encuentro de un terapeuta singular con una persona singular en un momento singular. Creemos que un terapeuta inscrito en este enfoque, necesita una actitud que le permita en el diálogo con el otro -al igual que Dostoievski (Bajtín 1986/2005)-, transformarse en una persona que:

¹⁵ El giro que se genera al considerar terapeuta y consultante como parte de un equipo y respecto del que se reflexiona, deja atrás la noción de equipo con la que trabajaron los terapeutas sistémicos. Al principio se tenía un equipo real atrás del espejo unidireccional, luego con la práctica de la terapia sistémica individual (Boscolo y Bertrando, 2000) se internalizó el equipo, y hoy, tendemos hacer equipo con los consultantes.

“Agudice al extremo su percepción de un instante dado y le permita ver muchas cosas heterogéneas allí donde los otros vean una sola. Donde vean un solo pensamiento, él sabrá encontrar dos ideas, un desdoblamiento; donde vean una sola cualidad, él encontrará la existencia de una contraria. Lo simple se convertirá en complejo. En cada voz, él sabrá escuchar dos voces discutiendo, en cada expresión oír ruptura y la posibilidad de asumir en seguida una expresión contraria; en todo gesto captará la seguridad y la incertidumbre a la vez; percibirá la profunda ambivalencia y polisemia de todo fenómeno” (p.51).

Lo anterior nos lleva a profundizar en una sugerencia atencional fundamental, ésta es: *la escucha terapéutica*. Una escucha atenta y abierta a los múltiples significados le permitirán al terapeuta abrir posibilidades, significados, considerar la polisemia de la palabra y entonces, la posibilidad de reconocerse como alguien distinto, de aferrarse a un guión que le pertenece pero que está escondido, subyugado por la micropolítica dominante. Para Leonor Arfuch (2002), la subjetividad supone la aceptación de que lo interno que está poblado de lo externo y lo propio es hablado por otros. Así, no hay posición esencial u originaria, sino una urdidumbre de posicionamientos simultáneos. Desde estos planteamientos afines a la lectura que hemos realizado en la presente tesis, proponemos como técnica para la práctica clínica, la *escucha plural* propuesta por la autora. En ella se consideran los diversos registros del discurso distinguiendo quiénes participan y también atendiendo más allá del contenido (su materialidad y puesta en escena: su ritmo, su tonalidad, sus silencios y sus quiebres). De este modo se intentará desarrollar una escucha polifónica para poder generar un *entendimiento relacionamente responsivo* (Shotter & Katz, 1999), es decir, que atiende tanto a lo dicho como a su respuesta, pues el diálogo no se agota en el que habla y precisa de quién escucha para completarse. En su lectura a Arfuch (2002) seguimos a Besoain (2012) al plantear que:

“Lo anterior, implica una concepción del relato de vida como pluralidad de relatos, voces y registros en tensión, y precisa una perspectiva analítica que, entonces, asuma los dichos del narrador como un acontecimiento de palabra, con toda su complejidad dialógica. Y por lo tanto, desarrollar una escucha del

relato abierta a la pluralidad de voces que habitan la enunciación, las que circulan *entre* los, sonoros y silentes, decires del narrador y las respuestas del narratario” (p. 213).

De este modo, se intenta hacer justicia al discurso en su diversidad de voces y registros, y desde nuestra propuesta de Terceridad Sistémica, esta técnica será fundamental, pues creemos que las palabras pueden llegar a un entendimiento en tanto los participantes se posicionen y colaboren con la generación de nuevos y mutuos significados. Creemos que la escucha plural (Arfuch, 2002) permitirá abrir el campo del terapeuta a nuevos registros y posibilidades a partir de la percepción de “espacios de fuga” (Besoain, 2012). En ellos, será capturado el momento fugaz otorgado por una imagen, una emoción o una experiencia que a veces no puede ser tramitada en el lenguaje pues lo excede. En tanto el terapeuta pueda distinguir y a su vez compartir, mostrar y reflejar estos eventos, se generará la posibilidad del disenso y la heterogeneidad de escenas e historias, llevando a lo dicho la polifonía del discurso y la experiencia. Los espacios de fuga permiten hacer visibles –a través de una escucha en múltiples registros- aquellos discursos constitutivos que han quedado en la sombra por la presión micropolítica que dominan y sujetan al individuo. En otras palabras, la escucha plural es una técnica que nos permitirá acercarnos a la diferencia y a los hitos centrífugos (Bajtín, 1981/2004; Besoain, 2012) y así poder generar en el diálogo compartido la posibilidad de un evento poético (Pakman, 2011).

De modo concreto, algunas preguntas posibles para garantizar la pluralidad en la escucha serían:

- ¿Quién más habla a través de esa voz?
- ¿A quién se dirige? ¿Al terapeuta o a alguien más?
- ¿Quién aparece hablando, más allá del que enuncia las palabras?
- ¿Con qué podemos relacionar las palabras dichas?
- ¿Qué otros significados tiene la palabra?
- ¿Cuáles son las que quedan en la sombra, las que no aparecen?
- ¿Qué rendimientos o efectos en la experiencia fenomenológica sensible que no se puede explicar con palabras, aparece a propósito de una metáfora o imagen que excede el orden racional y abre el campo emocional?

La apertura al campo emocional, también se relaciona con la propuesta de Terceridad Sistémica, puesto que la posibilidad de entrar en un terreno que excede los significados y la continuidad racional descriptiva de una conversación cotidiana, sólo será posible en la medida que la relación terapéutica sea compartida y donde ambos logren expresarse en ese registro. Bertrando (2011) nos soporta en esta idea al plantear que por mucho tiempo, la sistémica se concentró en el mundo cognitivo, más que en el mundo emocional. Una salida posible ante esta dominación, es la capacidad que tenga el terapeuta de enfocarse en la relación terapéutica, pues ella pone en primer plano los intercambios emocionales. La emoción es fundamental para la relación terapéutica, de este modo, la exploración de las emociones del terapeuta y de la de los demás, junto con la de la microcultura emocional del encuentro terapéutico, tiene una gran relevancia terapéutica en la medida que el terapeuta también investigue su propio mundo emocional. El autor milanés plantea que la consideración de las emociones es una “actividad autoreflexiva” (Bertrando, 2011), así como también lo es el hacerse consciente de los prejuicios, de la relación con el otro y de la relación terapéutica (nosotros diremos, de la Terceridad Sistémica). Así, la autoreflexividad de la relación misma, podría ser una manera de concretizar la Terceridad Sistémica, como una manera de ir practicando y acercándonos a una Psicoterapia Sistémica Relacional Hermenéutica. Esto se transforma en un desafío y logro a la vez, pues:

“La autoreflexividad no es siempre consciente para el cliente y ni siquiera para el terapeuta. Pero mi opinión es que, cuando una terapia funciona, es decir, cuando la terapia aumenta el bienestar del terapeuta y de los clientes, entonces ocurre un proceso autoreflexivo de este tipo” (p. 135).

Estas ideas bertranianas pueden colaborar con otra técnica que nos podría acercarnos a palpar la Terceridad Sistémica. Esto es, hablando y convocando directamente en la conversación a ese “espacio compartido”, a aquello “que juntos creamos/pensamos/reflexionamos en la terapia”. Realizar esto implicará que el terapeuta ejerza un movimiento de péndulo, es decir, que se rinda a sus sentimientos, para luego salir de sí mismo y observar/escuchar la relación. Creemos que esto provocará de modo implícito la creación de la Terceridad y con ella, una confianza singular en el encuentro.

Si bien nos hemos posicionado desde la resistencia a la tecnificación, creemos que los elementos recién desarrollados¹⁶ nos pueden ayudar a acercarnos de un modo menos teórico y más concreto, a la Terceridad Sistémica. Esto, con la intención que poder ser parte de relaciones terapéuticas únicas, singulares y compartidas, donde ambos podamos declarar que participamos de ellas, donde el consultante pueda sentirse contenido en ese espacio compartido, que actúa como un soporte significativo en el complejo camino que transita aquel que sufre.

Tal como nos susurra Wislawa Symborska (2002/2011), *“Nada sucede dos veces, ni va a suceder (...) No es el mismo ningún día/no hay dos noches parecidas/igual mirada en los ojos/dos besos que se repitan”* (p.43).

¹⁶ Creemos necesario explicar que en un primer momento, el lugar de lo tercero comenzó a reflexionarse en torno al uso del **espejo unidireccional** en las terapias sistémicas. Si bien el espejo y el equipo actuaban como “un tercero” que tenía voz e influía en el curso del diálogo terapéutico, era una discusión privada que los consultantes no escuchaban salvo a modo de intervención final. Así, la intervención sólo le pertenecía al equipo terapéutico. Con esto creemos que si bien el uso técnico del espejo puede leerse como “un” tercero en la relación, es importante distinguir que no responde a la Terceridad Sistémica puesto que no hay un encuentro, nadie cede frente al otro, no existe el diálogo entre sí. Lo mismo pensamos al incluir la técnica narrativa del **testigo externo**, puesto que si bien hay otro frente al cual me expreso, esto no implica que se cree una Terceridad Sistémica en los términos planteados, ya que la relación establecida con el testigo convocado a la sesión no será una que se haya co-construido en confianza ni que sostenga el encuentro, sino que será sólo el testimonio de un tercero significativo que ayudará a que en la relación terapéutica (en la Terceridad) se pueda volver a esas palabras y construir un significado en conjunto.

Referencias Bibliográficas

- Andersen, T. (1991). *The reflecting team. Dialogues and Dialogues about Dialogues*. Nueva York: Norton & Company.
- Anderson, H. & Goolishian, H. (1996). El Experto es el Cliente: la ignorancia como enfoque terapéutico. En S. McNamee & K. Gergen (Eds.), *La Terapia como Construcción Social* (pp. 45-59). Barcelona: Paidós.
- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- Aron, L. (1999). Clinical choices and the relational matrix. *Psychoanalytic Dialogues*, 9, 1-30.
- Badiou, A. (2005). *Ethics: An Essay on the Understanding of Evil*. Nueva York: Verso.
- Bajtín, M. (1923/1990). Author and hero in the aesthetic activity. En: M. Holquist y V. Liapunov (Ed.), *Art and Answerability. Early Philosophical Essays by M.M Bakhtin*. pp. 4-256. Austin: Texas University Press.
- Bajtín, M. (1975). *Problemas literarios y estéticos*. Moscú: Judozhestvenaia Literatura.
- Bajtín, M. (1979/2011). *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bajtín, M. (1981/2004). *The Dialogic Imagination: Four Essays*. USA: University of Texas Press.
- Bajtín, M. (1986/2005). *Problemas de la Poética de Dostoievki*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- Bateson, G. (1976). *Espíritu y Naturaleza*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bateson, G., Bateson, M.C. (1989). *El temor de los ángeles*. Barcelona: Gedisa.
- Benjamin, J. (2004). The rythm of recognition: coments on the work of Louis Sander. *Psychoanal. Dialogues*, 12, 43-54.

- Benjamin, J. (2004). Más allá de la dualidad agente-paciente: Una vision intersubjetiva del tercero. *Psychoanalytic Quarterly*, 73, 5-46.
- Berezín, A. (2013). *La perspectiva dialógica en psicoterapia sistémica, avanzando hacia una integración entre la experticia del cliente y la experticia del terapeuta: un estudio exploratorio del saber en torno a una sesión de ingreso* (Tesis de Magister no publicada). Universidad de Chile, Santiago, Chile.
- Bertrando, P. y Arcelloni, T. (2008). *Las hipótesis son diálogos, compartiendo las hipótesis con los clientes*. Versión en español no publicada, traducción libre de I. Célèry.
- Bertrando, P. y Toffanetti, D. (2004). *Historia de la Terapia Familiar*. Barcelona: Paidós.
- Besoain, C. (2012). *Viviendas sociales y subjetividades urbanas en Santiago: Espacio privado, repliegue presentista y añoranza*. (Tesis de Doctorado no publicada). Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile.
- Besoain, C., Morales, R., Zamorano, C. (2013). *Bosquejo historiográfico para un movimiento sistémico de tercer orden*. Congreso de psicología teórica 2013, Santiago, Chile.
- Boscolo, L., Bertrando, P., Fiocco, P.M, Palvarini, R.M., & Pereira, J. (1993). Lenguaje y Cambio. El uso de palabras clave en la terapia, *Sistemas Humanos*, 4:65-78.
- Boscolo, L., Bertrando, P. (2000). *Terapia sistémica individual*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bubnova, T. (2006). Voz, sentido y diálogo en Bajtín. *Acta Poética*, 27(1), 97-114.
- Cornejo, C. (2005). Las dos culturas de/en la Psicología. *Revista de Psicología*. 17 (2) 189-208.
- Cornejo, C. (2007). Psychology in times of Anti-Mentalism. *Social Practice/Psychological Theorizing*; 1-8.
- Deleuze, G., Guattari, F. (1983). *El Anti-Edipo: Capitalismo y Esquizofrenia*.
- Derrida, J. (1989). *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- Dilthey, W. (1968). Ideas para una psicología descriptiva y analítica. Ponencia para la academia berlinesa de las ciencias. *Gessamelte Schriften*, Vol V, p. 139-240. Stuttgart: Teubner. (Original publicado en 1894).
- Eliade, M. (1949). *El mito del eterno retorno*. Paris: Gallimard.
- Flaskas, C., Mason, B., Perlesz, A. (2005). *The space between. Experience, context, and process in the therapeutic relationship*. Londres: Karnac.

- Freud, S. (1893-1899). *Primeras publicaciones en psicoanalíticas* en Obras completas, Vol. III. Madrid: Amorrortu.
- Freud, S. (1915). *Lo Inconsciente* en Obras Completas, Vol. XIV. Madrid: Amorrortu.
- Foucault, M (2002). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: S. XXI.
- Gadamer, H-G. (1960/2002). *Verdad y método II*. Salamanca: Sígueme.
- Gadamer, H-G., Dutt, C., Palmer, R. (2001). *Gadamer in conversation: Reflections and commentary*. New Heaven: Yale University Press.
- Haye, A. (2009). *Acerca de la posición de tercero en el comportamiento humano*. Ponencia presentada en Seminario Interno de la Facultad de Teología, Pontificia Universidad Católica.
- Haye, A. (2009). El problema de la unidad del discurso. Ponencia presentada en la Pontificia Universidad Católica.
- Hermans, H. (2001). The Dialogical Self: Toward a Theory of Personal and Cultural Positioning. *Culture & Psychology*, 7 (3), 243-281.
- Jiménez, A. & Radiszcz, E. (2012). *Salud Mental en Chile: La otra cara del malestar social*. Extraído el 10 de Mayo, 2013, <http://www.ciperchile.cl>
- Lyotard, J-F. (1979). *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Mandler, G. (2007). [A history of modern experimental psychology: from James and Wundt to cognitive science](#). MIT Press.
- Michelfer, D, Palmer, R (1989). *Dialogue and deconstruction: The Gadamer_Derrida encounter*. Albany: State University of New York Press.
- Orange, D. (2013). *El desconocido que sufre. Hermenéutica para la práctica clínica cotidiana*. Santiago: Cuatro Vientos.
- Palmer, R. (2002). The relevance of Gadamer's "Philosophical hermeneutics" to thirty six topics or fields of human activity. Tomado de <http://www.mac.edu/faculty/richardpalmer/relevance.html>.
- Pakman, M. (2011). *Palabras que permanecen, palabras por venir. Micropoética y poética en psicoterapia*. Barcelona: Gedisa.
- Ricoeur, P. (1970). *Freud: Una interpretación de la cultura*. Madrid: s. XXI.
- Ricoeur, P. (1985/2009). *Tiempo y narración, tomo III. El tiempo narrado*. Madrid: s. XXI.

- Ricoeur, P. (1990/2008). *Sí mismo como otro*. Madrid: s. XXI.
- Rober, P. (1999). The Therapist's inner conversation in Family Therapy Practice: some ideas about the self of the therapist, therapeutic impasse, and the process of reflection. *Family Process*, 38:209-228.
- Rober, P. (2002). Planteamiento de hipótesis constructivas, comprensión dialógica y la conversación interna del terapeuta: Algunas ideas sobre el saber y no saber. *Journal of Marital and Family Therapy*, 28, (4), 467-478.
- Rober, P. (2005a). El sí mismo del terapeuta en la terapia familiar dialógica: Algunas ideas acerca del no saber y la conversación interna del terapeuta. *Family Process* 44: 477-495.
- Rober, P. (2005b). Terapia Familiar como un diálogo de personas vivas: Una perspectiva inspirada por Bajtín, Volosinov & Shotter. *Journal of Marital and Family Therapy* 31, 385-397.
- Rober, P. (2012). The shift from monologue to dialogue in a couple therapy: Dialogical investigation of change from the therapists' point of view. *Family Process*, 51 (3), 420-435.
- Rorty, R. (1991). *Contingencia, ironía y solidaridad*. Barcelona: Paidós.
- Selvini Palazzoli, M., Boscolo, L., Cecchin, G. & Prata, G. (1978). Hipotetización, circularidad y neutralidad. Tres guías para la conducción de una sesión. *Family Process*. 19: 73-85.
- Shotter, J. (1994). *Realidades conversacionales: La construcción de la vida a través del lenguaje*. Madrid: Amorrortu.
- Shotter, J. & Billing, M. (1998). A bakhtinian psychology: from out of the heads of individuals and into the dialogues between them. En M. Mayerfeld & M. Gardiner (eds.) *Bakhtin and Human Sciences* (p. 13-29). London: Sage.
- Shotter, J., Katz, A. (1999). Living moments in dialogical exchanges. *Human Systems*, 9, 81-93.
- Sontag, S. (1990). *Against interpretation and other essays*. Nueva York: Picador.
- Szymborska, W. (2002/2011). *Poesía no completa*. Ciudad de Mexico: Fondo de cultura económica.
- Todorov, T. (2011). Comentario contratapa de "Estética de la creación verbal" de Mijaíl Bajtín (1979/2011), Buenos Aires: s. XXI.

- Valdés, C. & Errázuriz, P. (2012). *Salud Mental en Chile: El pariente pobre del Sistema de salud*. Extraído el 10 de Mayo, 2013, <http://www.politicaspUBLICAS.udp.cl>
- Watson, J.B. (1913). [Psychology as the behaviorist views it](#). *Psychological Review*, 20 (20): pp. 158-177.
- Winnicott, D.W. (1958). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.
- Winnicott, D.W. (1971). *Realidad y Juego*. Barcelona: Paidós.
- Wittgenstein, L. (1999). *Investigaciones Filosóficas*. Barcelona: Altaya.
- White, M. (1991). *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Buenos Aires: Paidós.
- White, M. (1995). Behaviour and its determinants or action and its sense. Systemic & Narrative Metaphors. En: *Re-authoring lives: Interviews and Essays*, pp. 214-221. Adelaide: Dulwich Center Publications.
- World Health Organization y Ministerio de Salud de Chile(2006). *Informe Who-Aims sobre Sistema de Salud Mental en Chile*. Extraído el 10 de Mayo, 2013, <http://www.who.int>.